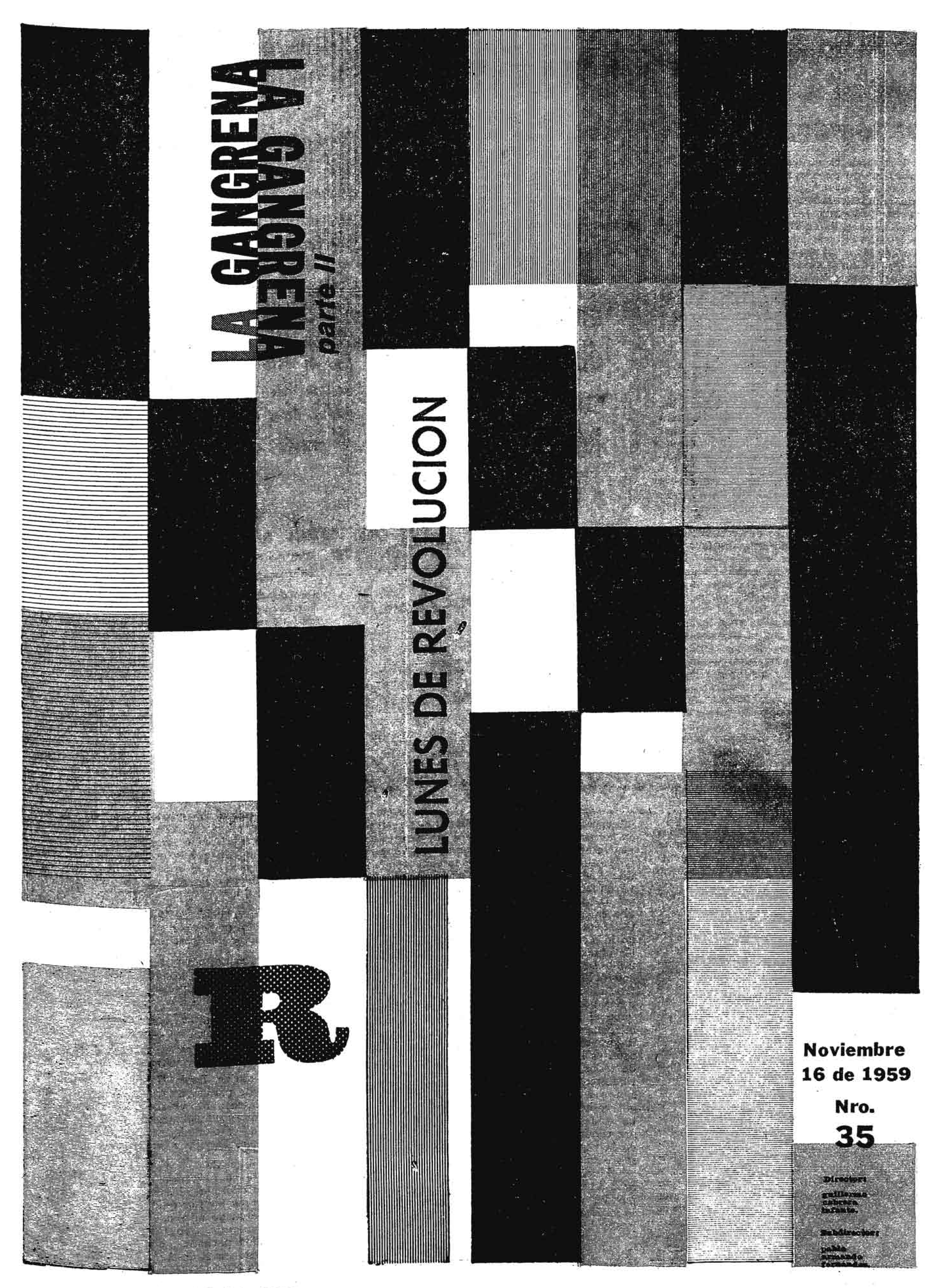


portada: luis alonso.

DE LA RESISTENCIA ITALIANA

por tomás gutiérrez alea

Una muerte nunca es igual a otra. Cuando muere un héroe del pueblo, cuando los buenos caen bajo la metralla malvada eso se llama asesinato. Cuando el pueblo venga a sus muertos y ejecuta a los victimarios; eso se llama Justicia. El artículo emocionante de estas páginas describe —a través de una dolorosa literatura epistolar— los últimos momentos de los héroes de la Resistencia italiana. La cartas están llenas del amargo sabor de la derrota, pero de no se sabe de qué manera se destila un afán de continuar la lucha hasta vencer. "Lunes" las publica como homenaje a los valerosos combatientes que cayeron guerreando contra el monstruo fascista: su lucha de ayer es también la nuestra.

En abril de 1945 sonó para Italia la hora de la completa victoria de las fuerzas populares contra el fascismo. Se calcula en unos 80,000 el número de italianos caídos durante los 20 meses de Guerra de Liberación. De estos, algunos centenares fueron "ajusticiados", con o sin proceso, y un número menor entre aquellos que supieron con anticipación la hora de su muerte, tuvo tiempo y facilidades (muy relativas) para dejar escritas sus últimas palabras. Así estas voces, provenientes de personas de la más diversa condición (hombres, mujeres, viejos, jóvenes, intelectuales, estudiantes, obreros...) se unen en una misma expresión de fraternidad y forman uno de los documentos más dramáticos de la lucha del hombre por la libertad y la justicia.

Basta conocer algunos detalles para tener una idea del espíritu que animaba la Resistencia en la lucha contra el fascismo: "De los centenares de casos de condenados a muerte cuyos incidentes se conocen sólo tres no resistieron a las torturas y hablaron; más de uno, en cambio, ante el temor de no resistir se suicidó. Uno solo, ante la posibilidad de salvar la vida, pidió entrar en las filas enemigas; más de uno, por otro lado, a quien le había sido ofrecida la gracia (aun en casos en que esta no suponía compromiso o traición) la rehusó y quiso seguir la suerte de sus compañeros, afirmando hasta el último momento su irreductible oposición". La unidad entre todos los elementos antifascistas hacía posible esa profunda convicción con que se combatía.

Esa unidad, deseada durante 20 años por los grupos democráticos más conscientes, fué la meta que señalara la caída del fascismo. Este encarnó desde un principio el régimen de "mano fuerte" que alzó la alta burguesía contra el régimen liberal, incapaz de garantizar por más tiempo sus medios de explotación ante la oposición cada vez más manifiesta de los grupos de izquierda. "Mano fuerte" primero contra estos grupos y que consecuentemente cayó sobre la gran masa del pueblo. Aquellos que de una manera más o menos abstracta temían por la estabilidad de la nación frente a las luchas de los trabajadores contra la explotación que sufrían pensaron que la "mano fuerte" garantizaría el orden. Y no supieron hasta más tarde, cuando el terror desencadenado contra los trabajadores los tocaba muy de cerca, la imposibilidad de un orden en condiciones de opresión. El arma más importante del fascismo fué la desorientación de ciertos sectores del pueblo y la consecuente desunión de las formidables fuerzas de resistencias que se creaban y crecían. De una parte la miopía de aquellos que esperaban una intervención y un freno de la monarquía y temían que una efectiva acción del pueblo pudiera poner en peligro sus pequeños intereses, y de otra parte el excepticismo de aquellos que fuera de Italia sostenían la inutilidad de una lucha dirigida por el pueblo como única arma contra el fascismo. Pero a pesar de la consolidación de éste, apoyado por los grandes propietarios y las clases más poderosas, fueron muchos los que sostuvieron la lucha durante todo el período y muchos los que cayeron o terminaron en la cárcel. Una lucha que se traducía a veces en actos aislados o en manifestaciones de apariencia inútil y desesperada, pero cuyo resultado sería el de mantener encendida una chispa capaz de impulsar la acción efectiva en el momento oportuno.

La guerra de España, donde tuvo lugar una espontánea solidaridad del sentimiento antifascista de los más diversos pueblos que ganó la simpatía de todo el mundo democrático; las amenazas de guerra que significaba el camino seguido por el fascismo; las aventuras colonialistas; el pacto con la Alemania de Hitler, hicieron abrir los ojos a aquellos que todavía no veían claramente hacia donde los llevaba el gobierno. Después la Guerra, las vacilaciones y derrotas que sufrió el fascismo, la ingerencia cada vez mayor de Alemania en los asuntos interiores de Italia facilitaron la unión de todos los sectores antifascistas. Se luchaba finalmente con el entusiasmo de quien no se siente solo. La Resistencia tomaba forma, crecía, se hacía evidente. Del espíritu que animaba esta lucha son testimonio estas cartas de sus condenados a muerte, capaces de lavar toda la vergüenza que por otro lado hacían caer sobre la Italia los ejércitos fascistas.

Ultimo mensaje de sus héroes

All'ing. Ferruccio Fillak
Via Reina 5 - Milano
1-2-1945

Mio caro papà,
per disgraziate circostanze sono caduto prigioniero dei tedeschi.
Quasi sicuramente sarò fucilato.
Sono tranquillo e sereno perchè pienamente consapevole d'aver fatto tutto il mio dovere d'italiano e di comunista.
Ho amato sopra tutto i miei ideali, pienamente conscio che avrei dovuto tutto dare, anche la vita: è questa mia decisa volontà fa sì che io affronti la morte con la calma dei forti.
Non so altro che dire.
Il mio ultimo abbraccio
Walter

Il mio saluto a tutti quelli che mi volevano bene.

Il mio ultimo pensiero è per voi
W ITALIA

Muchos cayeron en plena adolescencia. Renato Magi tenía solo 18 cuando fué fusilado por los alemanes poco después de ser capturado. Era un campesino en Radicofani (Siena) y escribió a su madre:

Querida mamá,
hoy, día 7 a las 7, fusilan inocentes. Mis restos se encuentran más acá de la escuela rinconera donde está Albegno, más acá del puente. Pueden venir enseguida a recogerme. He tratado de evitar esto, pero ha sido imposible enternecer estos corazones. Mamá querida, reza por mí, dile a mis hermanos que sean buenos, que yo soy inocente. Mientras escribo tengo el corazón seco, mamá y papá queridos, vengan enseguida a recogerme.

Díganle a mi querida María que sea buena, que yo la he querido tanto y que se acuerde de mí. Tenemos diez minutos de tiempo todavía.

Besos a todos para siempre. Soy el primero. El anillo se lo dan a mi María, que lo conserve como recuerdo.

Otro joven campesino, Adorno Borgianni pide a su familia: "Y quisiera la gracia de ser enterrado en mi pueblo con un lindo cortejo".

También de 18 años era Aldo Picco cuando murió fusilado sin previo proceso. Escribió con un cortaplumas en el muro de la cárcel, en presencia de los soldados que lo conducirían al fusilamiento:

"Aldo Picco, nacido en 1926, de Venaria (Turín). fusilado en Savona el 21/8/44. Quien va a Venaria vaya donde mi mamá".

Junto a estas encontramos las palabras de Simone Simoni, de 63 años, escritas en clave en un billete enviado clandestinamente a la familia:

"Simone Simoni — celda — doce — José — Ferrari — dos. Soy — maltratado — sufro — con — orgullo — mi — pensamiento — a — la — patria — y — a — la — familia".

Y una mujer, Paola Garelli, de 28 años, peinadora, que realizaba tareas de enlace y de aprovisionamiento de víveres y materiales a las formaciones *partigianas* que operaban en las afueras de la ciudad. Fusilada también sin previo proceso. Escribe a su hija:

Mimma querida
tu mamá se va pensando en tí y amándote, mi criatura adorada, sé buena, estudia y obedece siempre a los tíos que te educan, ámalos como si fueran yo misma.

Estoy tranquila. Debes decir a todos nuestros queridos parientes, abuela y los otros, que me perdonen el dolor que les doy. No debes llorar ni avergonzarte de mí. Cuando seas grande entenderás mejor. Te pido solo una co-

sa: estudia, yo te protegeré desde el cielo.
Te abrazo con el pensamiento, a tí y a todos, recordándolos,
tu infeliz mamá.

El sentimiento del perdón aparece a menudo. A veces perdonan inclusive a aquellos que los torturan y matan. Casi siempre solicitan perdón de aquellos a quienes saben que llevarán un gran dolor con su muerte.

Giacomo Ulivi, de 19 años, estudiante de tercer año en la Facultad de Derecho, escribe:

Modena, 10 de noviembre a las 10.
Queridísima mamá.
te pido perdón por haberte hecho sufrir.
Yo estoy muy bien y muy tranquilo, como te dirán los Bassi. Son muy bueños. No me molesta cuanto sucede: es lo que he arriesgado y lo pierdo.
Yo espero que llegarán tiempos mejores, y espero... Me han interrumpido los Bassi que lloran. Yo no siento la necesidad, logro dejar de pensar en vuestro dolor y estoy muy tranquilo. Agradece a todos aquellos que han hecho algo por mí. Sobre todo tú sabes a quien. Y pienso en el lejano ser querido: no logro escribir muchas cosas.
Perdóname. Te abrazo con toda el alma,
Giacomo.

Y Mario Lossani, también de 19 años, obrero:

Papá, mamá, les pido nuevamente perdón, perdón, perdón por todo lo que les he hecho, los quiere mucho... Salúdenme a todos, todos, adiós papá, adiós mamá, adiós todos y recen a menudo por mí, que me hace mucha falta y les repito una vez más que estén siempre unidos.
Salúdenme a Gino y a Sergio y a todos los amigos. Díganles que no me lleven flores sino que recen.
martes 6
Estoy resignado, pero tengo todavía un hilo de esperanza.

IL PRESENTE ASSEGNO PUÒ CIRCOLARE SOLTANTO IN ITALIA

Carissimi genitori,
per una disgraziatissima circostanza di cui so più incolpare solo il fato avverso, temo che queste saranno le mie ultime parole:
Sapete quale legame di affetto ardente mi lega a voi, ai fratelli e a tutti.
Siate forti sapendo che lo sono stato anch'io. Vi abbraccio!
[illegible] Franco

PAGATE AL PORTATORE
IL PRESIDENTE
DELLA CASSA DI RISPARMIO
DELLE PROVINCIE LOMBARDE

miércoles 7
Tengo solo más fe en Dios.
jueves 8
Parece que se presenta el milagro, la moral es más alta.
viernes 9
Por la mañana a las 9: la moral se afloja.
A la 1 PM: la tortura toca su fin, estoy resignado, solamente Dios nos puede salvar.
sábado 10
Es el final, está aquí el cura que me confiesa y hago la Comunión. Adios.

Alessandro Teagno, de 23 años escribe al padre:

Queridísimo papá,
he sido condenado a la pena de muerte por el Tribunal Militar extraordinario. No te he perjudicado, he actuado según tus deseos.
No me guardes rencor. He tenido una fe diferente de la tuya, eso es todo. Y muero tranquilo, sonriendo con un ideal puro. No debes despreciarme. No he hecho mal a nadie, te lo juro. Perdóname si te he dado disgustos, como yo te perdono a tí, aun cuando al primer momento no hubiera querido olvidar los errores que te atribuía.
Sé feliz y perdóname. No he sido un buen hijo... pero soy de buen corazón y tú no debes condenarme. Por lo tanto, no más rencores, papá. Yo rezaré por tí, para que seas feliz. Perdona a mamá, perdona.
Te abrazo,
Nino.

Lettera del Patriota Loris [illegible] scritta pochi istanti prima d'essere impiccato dai nazi fascisti
14-8-44 ore 20.50 a Villar Perosa
Carissimi,
[illegible] la mia giovinezza all'età di 21 anni. La [illegible] vita sta nelle mani della [illegible] e quindi [illegible] secondo la Divina volontà. [illegible] di Dio. [illegible] per la mia [illegible] volontà del cielo. [illegible] Loris

En cambio, Aldo Sbríz, de 34 años, carpintero:

Gorizia, 6 de marzo de 1944.
Querida mamá, adiós, parto antes de tiempo con vuestro recuerdo en el corazón. Tú sabes que muero inocente, muero por qué... no he hecho mal a nadie; muero porque alguien lo ha querido así. Pero este alguien, que yo conozco, estará condenado a oir pitar en el oido, por toda la vida, el llanto de mis inocentes criaturas, el llanto de una madre joven y el dolor de todos mis queridos. Y ahora adios.
Soy tu querido Aldo.
Adios, ¡Pina mía, hijos míos!

Y Vito Salmi, de 19 años, tornero:

Querido papá,
voy a la muerte con orgullo, sé fuerte como lo he sido yo hasta lo último y trata de vengarme. Por luto lleva un clavel rojo. Recibe los últimos besos de quien siempre te recuerda. Tu hijo.
Vito.
Saludos a todos aquellos que me recuerdan. VENGADME.

Otro joven, de 20 años, Benedetto Bocchila, mecánico, escribe pocas horas antes de ser fusilado, cuando ya se conocía su condena:

Queridísimos padres,
les escribo estas pocas líneas para hacerles saber que estoy muy bien de salud. Espero que también ustedes se encuentren bien. No se preocupen por mí. Si no reciben noticias mías, no se alarmen.
Reciban muchos besos y abrazos,
Nino.

El tema que regresa siempre es el amor. El amor que sienten por última vez y que parecen concentrar en estos últimos instantes.

Bruno Cibrario, de 21 años, escribe a la novia:

Desde la Cárcel Judicial de Turín, 22/1/45.
Sandra queridísima,
después de 7 días apenas de mi arresto, esta mañana me han condenado a muerte. No me desespero por mi suerte. He actuado con plena conciencia de lo que me esperaba. Tu recuerdo ha sido de gran consuelo para mi en estos días terribles. No han tenido la satisfacción de ver un instante de debilidad de parte mía.
No me hubiera imaginado esto de escribir la primera carta a una muchacha en estas condiciones. Porque tú eres la primera muchacha que ha dicho algo a mi corazón. Ha sido necesario mucho tiempo para que yo llegara a comprender que cosa eras para mí. Mi caracter, mi vida durante este último año me han impedido corresponder enseguida, como hubiera querido, a tu afecto. Solamente cuando estuviste enferma comprendí que sin tí me faltaba todo. Te quiero. Te quiero desesperadamente.
Durante todos estos días he tenido siempre un nombre en la mente: Sandra; dos ojos luminosos —los tuyos— han aclarado mi celda.
Me atrevo a decir que el recuerdo queridísimo de mi madre estaba tan unido al tuyo que yo los confundo en un solo y grande afecto. Más grande que mi desgracia —perdóname si con esto mío puedo turbar tu paz— el consuelo de escribirte es tan grande y yo soy un gran egoísta.
Regreso del coloquio —te he visto y tengo la seguridad de que no me has olvidado. Ahora quiero vivir —por ti— por nosotros, Sandra, no me dejes jamás. Perdóname esta debilidad, sé fuerte como quiero y sabré serlo yo.
Como buen garibaldino he combatido, como buen garibaldino sabré morir. Nuestra idea triunfará y yo habré contribuido un poco —soy quizás un presuntuoso—.
Sé feliz, es mi gran deseo.
Bruno.
Acércate a mi madre, que le hace mucha falta. Sandra, Sandra.

Y Paolo Vesario, médico municipal:

12 de julio de 1944.
Diana querida,
la vida que debía comenzar se termina para mi antes de tiempos.
Pero durará en el recuerdo.
Te quiero, Diana. Tu compañero se va.
Se va después de haber amado libertad, justicia.
Se va después de haberte querido mucho.
Pero tú debes vivir. Debes vivir porque este es mi último deseo. Debes vivir y mi recuerdo debe ser un estímulo en la vida.
No es necesario que tú huyas. Estaré siempre cerca de tí, lo sé y lo siento. Cerca de tí y de todas las personas queridas.
Muero de pie.
Debes recordarme así.
Te quiero mucho.
Paolo.

Junto a ese amor hacia la novia, la madre, los seres queridos determinados, encontramos casi siempre expresiones de un amor más vasto hacia la humanidad entera, hacia la tierra, a través de la afirmación de sus ideales.

Así escribe Guido Galimberti, obrero:

Queridas niñas,
ahora no pueden leer mi último saludo, pero lo leerán un día en el cual podrán comprender, entonces sabrán por esta hoja la muerte de vuestro padre y sabrán que murió como soldado y como italiano y que ha combatido por tener una Italia libre. Espero que no lloren cuando lean esto. Adios, mis niñas y que les llegue un beso, espero que cuando sean grandecitas mamá les hará aprender a amar la Italia. La amarán con todo el corazón. Adios.

Guglielmo Jervis, ingeniero, escribe con la punta de un alfiler en la cubierta de una Biblia:

"No me lloren, no me llamen pobre. Muero por servir una idea".

Giulio Casiraghi, mecánico electricista, fué arrestado por primera vez en 1930 y liberado el 32 por amnistía. Desde entonces siguió una vida de intensa lucha contra el fascismo. Escribió en la puerta de la cárcel de Monza, antes de que lo trasladaran a la cárcel de San Vittore en Milán:

"Mi pensamiento a mi querida esposa y a mis amigos, mi cuerpo a mi fe".

Sobre el cadáver de Umberto Fogagnolo fué encontrada una fotografía de sus tres hijos. Al dorso aparecían escritas estas palabras:

"Mi último pensamiento es para ustedes", "VIVA ITALIA".

Un estudiante de contabilidad de 22 años, Humberto Ricci, escribe:

Cárcel de Ravenna, 23/8/44.
Tengo una fiebre de perro. Hago esfuerzos sobrehumanos por razonar y por escribir. Ha venido varias veces el capellán; me ha preguntado si quería confesarme: le he dicho que no; sin embargo, he aceptado la conversación de hombre a hombre. Quisiera también que en el mármol de mi tumba fueran escritas las siguientes palabras: "Aquí solamente el cuerpo, no el alma, mas la idea vive". Después de lo cual mis amigos y parientes agregarán lo que quieran. Vuelve a pensar en la fuerza de mi cuerpo y por simpatía pienso en las muchachas que lo rehusaron por enfermizo. Te veo, querida Elsa, que tanto me has amado aunque pura e ingenuamente, con un desinterés del cual ninguna otra mujer ha sido capaz. Y en tí, en tí más que en nadie, mamá, pienso ahora. Pienso en el tremendo dolor que te doy. Sopórtalo, piensa que tu hijo era un titán que no ha llorado jamás, que lo ha soportado todo, Soporta tú también con coraje y si puedes ama la misma idea que yo he amado, porque en ella me encontrarás. Ahora pienso solamente en una cosa y es que matándome no podrán parar el curso de la historia; esta marcha precisa e inexorable. Yo muero con calma y tranquilo. Pero esos que se arrogan el derecho, ¿estarán tranquilos?

Bruno Parmesan, de 19 años, mecánico:
Querido papá y todos mis queridos parientes, del umbral de la muerte les escribo mis últimas palabras. El mundo y la humanidad entera me ha sido adversa. Dios me quiere con él.
Hoy 10 de febrero, el tribunal militar alemán me condena. Me arranca las carnes que tú me has donado porque tienen sed de sangre.
Muero contento porque en el cielo volveré a ver a mi adorada madre. Siento que me llama, me quiere tener cerca como antes, para consolarme de mi dura suerte. No lloren por mí, sean fuertes, reciban con serenidad mis palabras, como yo recibí la sentencia.
Pocas horas me separan de la muerte, pero no tengo miedo porque no he hecho daño a nadie; tengo la conciencia tranquila. Papá, hermanos, parientes, pueden estar orgullosos de vuestro Bruno que muere inocente por su tierra.
Veo a mis queridas hermanitas Ida y Edda que leen mis últimas palabras: las veo tan lindas como las vi una vez, con su dulce sonrisa.
Quizás alguna lágrima bañará sus rostros, Dáles coraje, tú Guido, que eres el más viejo.
Cuando termine esta maldita guerra que tanto luto ha llevado en todo el mundo, si fuere posible, hagan que mi cuerpo descanse al lado del de mi querida mamá.
Guido, cuida la familia, este es mi último deseo que te pido a punto de morir.
A mis queridos hermanos deseo un buen destino y mucha felicidad.
Perdónenme el daño que les he hecho.
Los dejo mandándoles mi más queridos besos.
Vuestro por siempre.
Bruno.

Walter Fillak, estudiante de 24 años:

Querido papá,
Por desgraciadas circunstancias he caído prisionero de los alemanes. Casi seguramente seré fusilado. Estoy tranquilo y sereno porque sé plenamente que he realizado todo mi deber de italiano y de comunista. He amado sobre todo mis ideales, plenamente consciente de que podría tener que darlo todo, aun la vida; y esta decidida voluntad mía hace que afronte la muerte con la calma de los fuertes.
No tengo otra cosa que decir.
Mi último abrazo,
Walter.

Y Andrea Mensa:

Queridos,

se aisle todo aquello que pueda saber G. y su hermana porque temo que hable. B., C., A., estén atentos que son buscados. C. me sustituya, B.B. formen la secretaría. Interésense por T. que se ha vuelto loca. Pobre T., ha hecho todo lo que podía. Mi situación es grave. No he dicho nombres y no me han encontrado ningún documento que pudiera comprometer a otros. Mi salud es cada vez peor, la parálisis aumenta. Hace mucho frío, envíenme de comer porque hace muchos días que solo me dan pan, agua y caldo. Jamás como en estos días me he sentido tan honrado de ser comunista y espero ser digno de este nombre y así deben hacerlo todos ustedes: saber, cuando llega la hora, ser verdaderos comunistas.

Bajo las mismas manos cae Aldo Mei, sacerdote de 32 años, bajo la acusación de haber escondido en su casa a un joven hebreo:

Papá y mamá,
estén tranquilo —yo estoy sereno en esta hora solemne—. En realidad no he cometido delito alguno. Solamente he amado como me ha sido posible. 1o. condena a muerte —haber protegido y escondido un joven a quien quería salvar el alma. 2o. por haber administrado los sacramentos a los partigianos es decir, por haber hecho lo que debe hacer un sacerdote. El tercer motivo no es noble como los anteriores —haber escondido la radio.
He hecho demasiado poco en vida por estas ovejitas descarriadas. Ahora en muerte aseguro que principalmente por esas y por su salvación es que ofrezco mi pobre vida. Muero principalmente por un motivo de caridad —haber protegido y escondido a un joven muy querido.
Hace falta más caridad, Reina de todas las virtudes. Amad a Dios en Jesucristo, amaos como hermanos. Muero víctima del odio que tiraniza el mundo —muero porque triunfe la caridad cristiana.
El pobre don Aldo Mei, indigno párroco de Fiano.

De estos hombres que sencillamente dieron su vida por amor a la humanidad, llegan a nosotros sus últimas palabras. No son palabras del héroe legendario, que recibimos desde muy lejos, desde alturas casi irreales. Son palabras de hombres simples, cotidianos, distintos entre sí como los de cualquier muchedumbre que pasea sin orden por las calles de una ciudad. Hombres que aparentemente tienen muy poco en común, pero que en un momento dado se reconocen dentro de un mismo e importante problema y se unen para resolverlo. A través de estas cartas podemos aprender como es necesario la unidad del pueblo en la lucha contra aquellos que lo oprimen y lo venden y tratan de dividirlo.

Aquí, en fin, sentimos renacer la fe en el hombre y en su fuerza para resistir ante la muerte cuando lo sostiene el amor y la voluntad de justicia.

ARGELIA: LIBERTAD O MUERTE

por césar leante

"De nuestras montañas
la voz de los hombres libres se ha alzado,
clama la independencia
de la Patria.
Te doy todo lo que amo.
Te doy mi vida,
Oh mi país, oh mi país".

(Canción de los combatientes argelinos)

El día primero de noviembre de 1954 un pequeño grupo de patriotas argelinos se alzó en la Sierra de Aurés (Aurés significa en árabe "Corazón que resiste"), proclamando la independencia de su Patria e iniciando así la lucha armada contra el imperialismo francés. Aquel fue el nacimiento del Ejército de Liberación Nacional. Hoy ese ejército posee 120,000 hombres, domina varias zonas de Argelia y le inflinge derrota tras derrota a los 400,000 soldados que Francia ha destacado allí para seguir manteniendo su coloniaje sobre esa porción de tierra norafricana.

Como podrá apreciarse, la lucha del pueblo argelino por liberarse de la opresión francesa tiene muchos puntos de contacto con la que nosotros sostuvimos contra la tiranía de Batista. (En cierta ocasión Fidel Castro dijo que la única medalla que había aceptado era una que le habían enviado los combatientes argelinos, "un pueblo que estaba luchando por su libertad").

Nuestro Ejército Rebelde fue organizado por los doce sobrevivientes del **Granma**. Un puñado de combatientes argelinos fue también el inicio del Ejército de Liberación Nacional.

Nuestro Ejército Rebelde nació en la Sierra Maestra. El Ejército de Liberación Nacional tuvo su cuna en la Sierra de Aurés.

Para poder sobrevivir y combatir con éxito a los soldados de la dictadura, nuestro Ejército Rebelde tuvo que utilizar la lucha de guerrillas. El Ejército de Liberación Nacional mantiene la misma táctica. Grupos reducidos de patriotas argelinos se lanzan a la acción en ataques por sorpresa, golpes de mano y emboscadas. No presenta batalla en masa. Golpea y desaparece. Frente a este tipo de lucha, el enorme ejército francés ha resultado impotente. Y el Ejército de Liberación Nacional argelino es cada vez más poderoso, más agresivo y mantiene su potencial de guerra casi intacto

Nuestro Ejército Rebelde obtenía sus armas arrebatándoselas al enemigo. La tercera parte del armamento que hoy posee el Ejército de Liberación Nacional procede del ejército francés. Los rebeldes argelinos les han arrebatado las armas con que pelean a los soldados de Massu y Salan.

La aviación de Batista bombardeó pueblos del interior de la isla y ametralló a la población civil. La aviación del ejército francés, que hace un promedio de dos mil vuelos semanales, bombardea con bombas "napalm" las aldeas árabes, según confesión de la propia prensa francesa.



La tristemente famosa serie de fotos donde un policía francés asesina a un patriota.

En un intento furioso por desalojar a los rebeldes de la Sierra Maestra, Batista ordenó,



Amine Debaghine



Belkacen Krim



Ferhat Abbas



en febrero de 1957, la reconcentración campesina. Cientos de ancianos, mujeres y niños sufrieron las más dolorosas penalidades, contrajeron enfermedades epidémicas, pasaron hambre, se vieron tratados como bestias. Otro tanto han hecho —y siguen haciendo— los ciegos instrumentos del imperialismo francés. Francia, en Argelia, ha resucitado los campos de concentración nazis. Un millón de argelinos sufre y padece en los llamados "campos de reagrupamiento". Otros cincuenta mil conocen el espanto de lo que Francia titula "Campos de albergue". Allí la población civil, víctima inocente de una contienda brutal, vive hacinada, en las más atroces condiciones, expuesta a todo tipo de enfermedades, hambrienta.

¡Es increíble que Francia, que conoció el salvajismo de los nazis, ensaye en el sufrido pueblo argelino sus mismos métodos de terror y de muerte!

Pero este salvajismo de corte típicamente fascista no se detiene en los campos de "reagrupamiento" y "albergue". No. Los defensores de los más ruines intereses franceses han copiado —y quién sabe si hasta superado— los métodos de tortura de la Gestapo alemana. Sus cuarteles son verdaderos antros de degradación humana, física y moral. Libros como **La Tortura** y **La Gangrena**, publicados por LUNES, han denunciado al mundo las increíbles atrocidades a que son sometidos los argelinos que tienen la desdicha de caer en manos de los "paras" o de la propia policía francesa.

Para que el lector tenga una idea de la barbarie a que han llegado los franceses en su feroz empeño de mantener esclava a Argelia, vamos a reproducir parte del prólogo del libro de Henri Alleg, **La Tortura**:

"He visto a hombres arrojados a porrazos de un piso a otro. He visto a hombres aniquilados a golpes que sólo acertaban a murmurar incesantemente las primeras palabras de una antigua plegaria árabe.

"Y más tarde he conocido cosas peores... En Lodi he encontrado a mi amigo Milly, empleado del hospital psiquiátrico de Blida, a quien torturaron los "paras" con una novísima "técnica": fue inmovilizado, desnudo, sobre una silla metálica electrizada. Aún muestran sus rodillas los trazos profundos de los corrientazos. En los pasillos de la prisión me he encontrado con Mohammed Sefta, funcionario judicial musulmán: "Cuarenta y tres días con los "paras". Excúsame, pero no puedo hablar. Me han quemado la lengua", y me mostraba su lengua abrasada. He visto a otros muchos: he visto a un joven comerciante de la Casbah, Boualem Bahmed, que me mostró los largos surcos que cubrían sus tobillos: "Los paras con un cuchillo. Se enteraron de que albergaba a un rebelde".

"Del otro lado del muro, en la sección reservada a las mujeres, hay muchachas de las que nadie ha hablado: Djamila Bouhired, Elytte Loup, Massima Hablal, Melike Khene, Lucie Coscas, Colette Gregoire, y tantas otras. Desnudas, golpeadas, humilladas, a menudo violadas: ellas también han sufrido los electrodos y "la bañadera". Todos conocen aquí el martirio de Annick Castel, violada por un paracaidista, y que, creyéndose encinta, no renuncia al suicidio a pesar de haber fracasado varias veces en el intento".

¡He ahí el tratamiento que los franceses practican en los patriotas argelinos! ¡Evidentemente, hasta los propios nazis los envidiarían!

Nosotros también hemos conocido métodos similares de tortura. Nosotros también hemos tenido por aquí émulos de los nazis. Quizás, por eso, podamos comprender mejor que nadie el dolor de los argelinos.

En contraste con esta barbarie, los soldados del Ejército de Liberación Nacional tienen entre uno de sus mandamientos respetar a los prisioneros y ajustarse a las leyes internacionales en su lucha contra el enemigo. De idéntico modo procedían los combatientes de nuestro Ejército Rebelde. Jamás torturaron ni vejaron a ningún prisionero, como tampoco lo hacen los argelinos. Y es que cuando, además de las armas, se pelea con la razón y la justicia, no es necesario apelar a ninguna tortura. Sólo las fuerzas del mal se ensañan en las carnes de un ser humano, degradándolo y degradándose a sí mismos.

80,000 franceses ya han muerto en esta brutal contienda. 600,000 argelinos, en su mayoría civiles, han dejado su vida en la misma atroz insensatez. La guerra de Argelia le cuesta a Francia 14 millones de dólares anuales, es decir, más de un millón por mes. Las pérdidas materiales son incalculables. Líneas y centrales ferroviarías, depósitos de petróleo, carreteras, puentes, edificios granjas, viñedos, comercios, industrias, aldeas enteras han conocido el zarpazo de la destrucción a través de cinco largos años de cruel y dolorosa lucha.

Y uno se pregunta: ¿Por qué esta destrucción? ¿Por qué esta matanza? ¿Por qué esta barbarie? Y la única respuesta que encuentra es: por el empecinamiento de Francia a mantener en la opresión a un pueblo que quiere y tiene derecho a ser libre. Francia no tiene la menor razón para seguir sojuzgando a Argelia. De los 10 millones de habitantes que tiene Argelia, 9 millones son argelinos y sólo unos 800 mil son franceses. Ah, pero esta pequeña minoría es dueña del comercio, la industria y la agricultura de Argelia. De ahí que se resistan ferozmente a darle la libertad. Los colonos franceses, que dominan la economía del país, prefieren esta orgía de sangre, destrucción y dolor a renunciar a sus intereses. Pero esos intereses están cimentados en la miseria de millones de seres humanos. El salario promedio anual de un "fellah", de un trabajador agrícola es de ¡70 dólares! Mientras los colonos franceses se enriquecen con sus opulentos viñedos, la población nativa argelina vive en la más espantosa penuria. El 85 por ciento de los argelinos son analfabetos, andan descalzos, desharrapados, consumiéndose en una lenta agonía, despreciados por los europeos.

Pero ni siquiera una razón histórica le da justificación a Francia para este salvaje dominio. España descubrió —por lo menos para el mundo europeo— y colonizó estas tierras de América. Hasta cierto punto estaba justificado su predominio. En América se produjo una simbiosis de pueblos. Con Francia no ocurrió lo mismo en lo que respecta a Argelia. Por el contrario, Francia se opoderó de Argelia mediante una guerra de conquista y rapiña. Cuando en 1830 Francia desembarcó en Argelia 40,000 soldados, ésta era una nación próspera y perfectamente constituída. Incluso en 1794 le había hecho un préstamo a Francia de un millón de francos en oro y fue la segunda nación en el mundo en reconocer la independencia de los Estados Unidos. 2,000 escuelas y cuatro universidades, de sólido prestigio, poseía Argelia cuando fue invadida por Francia. Su tesoro nacional contaba con 40 millones de francos en oro, que, naturalmente, fue saqueado por los franceses.

Larga es la historia de las luchas argelinas por independizarse. De 1832 a 1847, Abd-el-Kader estuvo combatiendo a las tropas de ocupación. Para vencerlo, Francia tuvo que enviar a un tercio de su ejército. Entre 1851 y 1871 los campesinos de la región de Kabilia se sublevaron presionados por los despojos de sus tierras de que eran víctimas por parte de los rapaces colonos franceses. La "superioridad racial" fue uno de los argumentos que utilizaron para llevar a cabo este inicuo despojo.

Por las mismas razones se produjo un nuevo levantamiento, en 1901, en la región de Orán. Fue ahogado a sangre y fuego y a partir de entonces la lucha tomó un relieve político.

La dominación francesa en Argelia ha sido una larga cadena de iniquidades, brutalidad y desprecio para con el pueblo argelino. En 1840, por ejemplo, en que, por decreto, Argelia pasó a ser una provincia de Francia, los argelinos fueron excluídos de la categoría de ciudadanos franceses.

Lo mismo sucedió en 1870, cuando los judíos argelinos fueron naturalizados en bloque. Los musulmanes, es decir, los nativos argelinos, fueron excluídos de nuevo. Y lo mismo pasó en 1889, cuando los hijos de los europeos quedaban automáticamente naturalizados; no así ni los musulmanes ni sus hijos. ¡Francia no se ocultaba para mostrar su desprecio por aquel pueblo que había conquistado y esclavizado! Tanto es así que aún en 1936 el Parlamento Francés rechazó una ley que daba la ciudadanía francesa a 40,000 argelinos.



Ait Amhed Hogine; Mohammed Khider y Ben Bella, comandante del Ejército de Liberación Argelino, fueron secuestrados por los franceses en el aire mientras viajaban desde Morocco a Tunisia. El incidente provocó la serie de protestas y violencias más graves del conflicto argelino.

Mas el desprecio racial no se ha manifestado tan sólo negándole el derecho a los musulmanes a adquirir la ciudadanía francesa. Este desprecio ha tomado formas más brutales: en 1945 cuarenta mil musulmanes fueron masacreados por la muerte de 102 europeos. Para llevar a cabo esta matanza se emplearon aviones y tanques. Un médico, Hanouz Arab, y sus tres hijos, fueron sacados de su casa y torturados delante de la residencia del señor colono francés de la población de Kerrata, entre el aplauso de los europeos. Más tarde transportaron sus cuerpos hasta un puente y allí los precipitaron a un barranco.

Esta era la situación de Argelia cuando un grupo de patriotas se alzó en armas en la Sierra de Aurés, reiniciando una batalla por la libertad que ya lleva más de un siglo. Cinco años dura ya la actual contienda. Miles de seres humanos han muerto en ella. Pero Francia continúa negándose a concederle la libertad a Argelia.

Ahora, cuando la ONU se reúna en Nueva York, el caso argelino será discutido. Ya lo fue el año pasado, en 1958. Por un voto las Naciones Unidas no le reconocieron a Argelia su dere-

cho a ser libre. Pero este año Argelia tendrá ese voto. Será el de Cuba. Emilio Núñez Portuondo, el testaferro de Batista, el títere de la Cancillería Yanqui, votó en contra de Argelia. Pero esta vez el Delegado del Gobierno Revolucionario cubano en las Naciones Unidas votará a favor de la libertad de Argelia.

Los Estados Unidos, que el año pasado se abstuvieron, este año tendrán que definirse. Esperemos que aunque sólo sea por agradecimiento —una palabra extraña al inglés— a la segunda nación en el mundo que los reconoció cuando ellos se independizaron de Inglaterra, voten esta vez por la libertad de Argelia.

Como la Asamblea de las Naciones Unidas se aproxima, Francia, astutamente, está hablando de un plebiscito en Argelia. Se trata de un rejuego político para hurtarle su libertad al pueblo argelino. Pero este rejuego es tan burdo, tan evidente que De Gaulle ha declarado que el Ejército Francés será la única autoridad encargada de presidir dicho plebiscito. ¡Unas elecciones presididas por un ejército que ha torturado y masacreado al pueblo argelino! Me imagino que desde sus bravías montañas, los rebeldes argelinos se deben estar riendo a carcajadas.

Ellos seguirán luchando por la libertad de su patria, les reconozcan o no las Naciones Unidas su derecho a ser libres. El pueblo cubano, que ha conocido crueldades y dolores semejantes a los de ellos, que también organizó su ejército rebelde con un puñado de valientes, que sabe de torturas, ametrallamientos y bombardeos a poblaciones indefensas, que dejó veinte mil hombres en su esfuerzo por alcanzar la libertad, está con ellos.

Nosotros, como los argelinos, vimos nacer al Ejército Rebelde en las montañas, bajar luego a los llanos, conquistar las ciudades... Si este paralelo entre Cuba y Argelia se cumple hasta sus últimas consecuencias, los argelinos verán también a su Ejército de Liberación Nacional bajar a los llanos, conquistar las ciudades, arrojar de su territorio a los "paras" de Massu. Los verán bajar triunfadores, heroicos, entonando su canto de combate:

"De nuestras montañas
la voz de los hombres libres se ha alzado,
clama la independencia
de la Patria.
Te doy todo lo que amo.
Te doy mi vida,
Oh mi país, oh mi país".



Estudiantes y veteranos argelinos luchando con la policía.

LA GANGRENA

parte II

2

Fuí arrestado el jueves 4 de diciembre de 1958, frente a la Ciudad Universitaria, y conducido a la oficina central de la D.S.T., en la calle de Saussaies. Desde mi llegada, a eso de las seis de la tarde, me interrogaron en relación con papeles recogidos en mi casa, hasta las 4 de la madrugada. No se me hizo objeto de violencia alguna durante el interrogatorio, pero. supongo que con toda intención, el inspector que hacía las preguntas dejó abierta la ventana a fin de que hasta mí llegasen los gritos de dolor provenientes de la habitación vecina.

El viernes y el sábado, en cambio, como me negué a delatar a los hermanos conocidos o no por mí cuyos nombres obraban en posesión de los inspectores, fuí desnudado y golpeado: puñetazos en el estómago, tentativas de estrangulación, mi cabeza golpeada contra la pared.

El Sr. Wybot, quien había venido a verme el viernes, había aconsejado: "No tengan consideración alguna con el hermano del ministro". Sus subordinados no se hicieron de rogar: durante la noche del sábado al domingo 7 de diciembre fuí conducido al hospital del Hotel-Dieu, donde me encuentro aún. Han tenido que hacerme una punción lumbar.

Daré más detalles durante la investigación y cuando haya recuperado mis fuerzas.

Hospital del Hotel-Dieu, diciembre 16 de 1958

Mustapha FRANCIS

29 años, estudiante (cirugía dental).

3

Me arrestaron en París el 4 de diciembre de 1958, a las tres y media de la madrugada. Miré instintivamente la hora cuando oí tocar a la puerta. Luego abrí. Seis inspectores como los que vemos en el cine hicieron irrupción en mi habitación, armados de pistolas y ametralladoras de mano, y me hicieron levantar los brazos.

—¿Quiénes son Vds?, les dije.

—¿No lo adivinas?, me respondió uno de éllos, mientras otro me advertía entre dientes:

—No te hagas el tonto.

—¿Tienes una orden de arresto?

A guisa de respuesta recibí algunos golpes; me pusieron las esposas y me arrimaron a la pared. Luego comenzaron el registro, que duró varias horas: colchón y almohadas destrozados, el papel de las paredes arrancado, las ropas, libros, zapatos y notas de clases tirados en montón en medio del cuarto.



El pueblo argelino se enfrenta al Cuerpo de Seguridad Francés.

—¿Dónde están los archivos?, me preguntó una especie de boxeador de nariz aplastada y cabellos negros y lacios, que medía alrededor de 1 metro 80.

—No tengo.

—Bueno, entonces vamos a tener problemas.

Otro inspector se interpuso —luego supe que era un comisario— y me dijo:

—Sabemos que es Vd. uno de los jefes. Entréguenos los archivos y todo quedará en regla.

En vista de que no respondía decidieron llevarme a la calle de Saussaies, en un coche Peugeot que esperaba a mi puerta.

Apenas llegamos uno de mis acompañantes, de talla ligeramente superior a la mediana, cabellos negros muy rizados y espejuelos, me agarró la oreja y me dijo con un acento marsellés muy pronunciado:

—Vas a vomitar todo lo que sabes, intelectual de mierda.

Me hicieron subir al primer piso y me llevaron a una pequeña oficina que se encontraba a la izquierda, al fondo del corredor.

—¿Dónde está el dinero?

—Sólo tengo lo que Vds. encontraron en mi billetera.

—¿Dónde están los archivos?

—Los únicos archivos que tengo son las notas de clase que Vds. tiraron al suelo.

—No nos tomes por imbéciles, me dijo entonces uno de éllos al tiempo que me administraba una serie de puñetazos y bofetadas.

En ese momento entró otro inspector, pequeño, regordete, trabado, que apretaba una gran pipa entre los dientes. Con un aire muy natural me dijo en tono cortés:

—Buenos días, señor Mourad.

—No me llamo Mourad.

—Déjennos solos, caballeros, dijo a sus colegas, e, indicándome una silla, me dijo que me sentara.

—Sabe Vd., comenzó, le comprendo muy bien. Vd. hace lo que cree es su deber. Yo soy policía y hago mi trabajo. No soy partidario de los métodos brutales. Déjeme advertirle que interrogué a varios de sus predecesores responsables, especialmente a Salah Louanchi, Labjaoui, Taleb. Vd. debe conocerlos, sin duda.

—No tengo ese honor.

—No importa; lo esencial es que nos entendamos. Voy a hacerle algunas preguntas a las cuales le ruego que responda. Está Vd. atrapado y ya puede decir adiós a su carrera política... Vd. logró escapársenos hace veintiún meses... Vd. conoce bien el Norte, ¿verdad?

Sin esperar mi respuesta agregó:

—Primera pregunta: ¿dónde escondió el dinero de la Wilaya?

—Quiero aclararle que soy estudiante y que ignoro todo ésto de que Vd me acusa.

—¡No, no y no! Sea razonable y, sobre todo, no me obligue a entregarlo a los especialistas.

Me hizo otras preguntas, en un tono neutro, con la misma corrección. Seguí negando. Dándose por vencido se retiró y fue reemplaza-

do por tres "especialistas", como éllos mismos se calificaban.

Uno de los tres, el que luego se ensañaría más conmigo, ordenó a los otros dos:

—Quítenle las esposas, los espejuelos y la chaqueta.

Fue hecho en un abrir y cerrar de ojos. Ellos también se quitaron la chaqueta y se precipitaron sobre mí. Bofetadas, puñetazos, patadas, golpes de manopla, cabezazos. Cada vez que caía al suelo me levantaban y empezaban de nuevo.

Al fin me dejaron, para recomenzar el interrogatorio. Como yo no respondía y estaba manifiestamente medio "groggy", cambiaron de método: escupitajos en el rostro, insultos en árabe o en francés, gestos obscenos.

Un nuevo equipo de cuatro les relevó. Luego de una sesión del mismo género que la precedente decidieron una vez más cambiar de sistema. Colocaron dos gruesos libros sobre mis brazos extendidos y me ordenaron que hiciera flexiones con las piernas sin que los libros cayesen al suelo. Uno de ellos marcó el ritmo:

—Uno, dos, uno, dos.

Los cuatro rostros me observaban, atentos. Eso duró horas enteras. Cada vez que caía me levantaban brutalmente y, las piernas tiesas, el cuerpo tembloroso, tenía que continuar el ejercicio. Agregaron dos libros más, hasta que un violento golpe de manopla en el hígado me hizo aullar y lanzar por tierra los volúmenes. Uno de los inspectores se retiró, luego dos policías vinieron a reemplazar a los que quedaban. Estos eran del género "liberal", como el inspector de la pipa. Me hicieron las mismas preguntas en el mismo tono neutro. De vez en cuando entraban en la oficina nuevos personajes y me "rogaban" que respondiera.

Como seguía negando, me mostraron varias fotos mías tomadas, sea en el Norte, sea en París.

—¿No quieres confesar?

—Nada tengo que confesar.

Un hombre pequeño, aproximadamente de 1 metro 65 de talla, ancho de espaldas y ligeramente calvo, que se encontraba allí desde hacía unos minutos, me dijo entonces:

—¿No quieres contestar? Te juro que hablarás, y rápido.

Caí al suelo bajo los golpes, pero siempre sin contestar.

El "especialista" me dijo entonces:

—Voy a aplicarte el método (a más b). Encuérate.

Me desvestí, conservando puesto el calzoncillo.

—Dije en cueros. Completamente en cueros.

No me moví. Un fuerte puñetazo me lanzó por tierra. Me levanté penosamente.

Apenas estuve en pie, una nueva serie me lanzó de nuevo por tierra. No sé cuántas veces volví a caer, hasta que recibí un golpe extremadamente violento en el hígado. Me desvanecí. Ignoro durante cuánto tiempo permanecí inconsciente. Oía como en un sueño una voz que chillaba:

—¿Vas a encuerarte, sí o no?

Unas manos rudas me alzaron y me pusieron de pie. Yo temblaba. La cabeza me dolía horriblemente y el dolor en el hígado se me hacía cada vez más insoportable. Oía risas, órdenes y preguntas que parecían venir de muy lejos, pero en realidad dormía de pie. Unos cuantos bofetones me hicieron sangrar por la nariz. Un inspector me condujo a un pequeño cuarto de baño situado a unos diez metros a la derecha, saliendo de la pequeña oficina.

—Coge tu pañuelo y límpiate esas manchas de sangre, no quiero verlas. Y apúrate, que vamos a empezar otra vez, ratón inmundo.

Me apoyé con una mano sobre el lavabo para no caer. La sangre corría. Después de un momento regresamos a la oficina.

—Vuelve a lavarte, c... Lo has hecho a propósito. Tienes todavía todo el pecho lleno de sangre.

En efecto, lo había hecho a propósito; no sentía apuro alguno por retornar al suplicio. Al regresar de nuevo a la oficina, sólo el "liberal" se encontraba allí.

—Se lo había advertido desde el principio. Mire en qué estado lo han puesto. Y todavía son capaces de ir más lejos.

Después de una hora de un interrogatorio tan laborioso como vano regresaron los "especialistas".

—Bueno, ¿te decides a hablar, sí o no?

—No.



El Cuerpo de Seguridad Francés ataca una demostración de patriotas.

El calvo me dirigió una mirada de odio y me dijo:

—Entonces, quítate el calzoncillo.

—No.

Me golpeó con todas sus fuerzas durante diez minutos aproximadamente. Caí al suelo, desvanecido. Al despertarme me encontré en cueros tendido en el suelo. Diez pares de ojos se fijaban en mí. Debían ser las tres o las cuatro de la madrugada.

Con unos trapos me amarraron las muñecas a los tobillos y me introdujeron una barra de unos dos metros de longitud entre las articulaciones de los brazos y las rodillas. Luego colocaron la barra sobre dos trozos de madera instalados a los extremos de dos mesas. Estaba "en la barra", la cabeza colgante y las piernas en el aire. Sólo el calvo y un ayudante quedaban en la pieza. El calvo trajo de la habitación vecina una pila eléctrica que dejó sobre una de las mesas.

El ayudante se puso a dar vueltas a una manivela y el calvo me aplicó los electrodos sobre el sexo. Al cabo de unos minutos perdí el conocimiento. Me echaron unas gotas en la nariz y empezaron de nuevo.

Poco después, el calvo me roció con agua de una botella que hasta ese momento yo no había visto y el suplicio continuó, aún más violento. Paseaba ahora los electrodos por todo mi cuerpo.

Tocaron a la puerta. El calvo salió y regresó en seguida con un trapo que le sirvió para amordazarme. Y continuamos.

Me desmayé varias veces.

Luego —¿al cabo de cuánto tiempo?— el calvo y su ayudante me soltaron.

—Ahora vístete. ¡Y rápido, so cochino!

Ni con la mejor voluntad del mundo hubiera podido estirar los brazos.

—¿Te vas a apurar?

Patadas, bofetones. Agarrándome con una mano a una de las mesas traté de alcanzar mis ropas.

—¡De pie! ¡No te apoyes sobre la mesa!

Unos segundos, y me desplomé. Mis piernas temblaban, mis dientes castañeteaban.

—¡No castañetees los dientes!

El policía "liberal", que debía escuchar tras la puerta, entró y me tendió la mano. No la tomé. El calvo me ayudó a sentarme en una silla y se fue. Me hicieron las mismas preguntas. Igual resultado. Los "especialistas" regresaron y me "pasaron por el tabaco".

Al cabo de media hora, más o menos, me vendaron los ojos, me esposaron y me hicieron bajar al patio, empujándome dentro de un automóvil que debía ser bastante grande pues había tres inspectores sentados detrás, junto a mí, sin que estuviésemos demasiado apretados.

Por el camino oía decir:

—¿Qué hacemos?

—¿Lo tiramos al Sena?

—Un arreglo de cuentas...

—En el estado en que está, mejor lo tiramos en un latón de basura.

Risa general.

Uno de éllos apoyó su pistola en mi cuello y me dijo:

—¡Una bala en la nuca y te convertirás en un pedazo de carne podrida, desgraciado!

Después de una media hora de trayecto me hicieron bajar. Atravesé un patio con los ojos vendados, luego subí una escalera, sostenido por las mangas. Creí distinguir cuatro tramos de escalones.

Me hicieron entrar en una pieza y me quitaron la venda y las esposas. Vi dos bancos de unos dos metros de longitud, dos mesas de madera, una palangana de 50 centímetros de diámetro llena de agua sucia, botellas de champán vacías, tapones manchados de sangre, un pedazo de jabón, un montón de cuerdas y de trapos.

Una docena de inspectores entraban y salían. Uno de éllos me dijo:

—Aquí sí que vas a hablar.

Y las sesiones de golpes recomenzaron por algunos minutos. (Debe ser éso, supongo, lo que en gimnasia llaman "calentar los músculos". Aquí, por supuesto, se trata de una gimnasia moral y física a un tiempo). Me amarraron luego a un banco, las manos atadas a la espalda con una vieja bufanda roja. Levantaron un extremo del banco hasta sumergirme la cabeza en la palangana. Aquéllo duró largo rato. Vomité en la palangana y tuve que tragar de nuevo el líquido repugnante. Luego me desataron y, como me negaba aún a hablar, luego de ordenarme que me secara el rostro y los cabellos con un trapo viejo me "pasaron por la barra" hasta por la mañana.

Después me vendaron y esposaron una vez más y me recondujeron a la calle de Saussaies. Allí fui nuevamente golpeado desde que llegué. Una patada en la boca, estando yo tendido en el suelo, me cortó el labio inferior. Como sangraba profusamente me hicieron subir al primer piso para lavarme la cara, luego me ataron de pie a un radiador de calefacción central, en la pequeña oficina.

El policía "liberal" regresó. Le dije que el radiador me quemaba la espalda y que me dolían las muñecas, demasiado apretadas. Me respondió:

—Confiesa primero.

Como volví a negarme, me dejaron así hasta las once de la mañana, aproximadamente, hora en que dos inspectores vinieron a soltarme. Me desplomé. Me levantaron, me permitieron sentarme en una silla y me brindaron café caliente... a condición de que hablara.

Me dejaron solo y no tardé en desplomarme de nuevo. Sentía unos dolores horribles en el vientre. Los inspectores se daban una vuelta por allí de vez en cuando. Uno de éllos llegó a proponerme "un buen almuerzo".

Así transcurrió el día. Por la noche me vendaron una vez más los ojos, me esposaron y volvimos a salir en automóvil. El calvo, cuya voz reconocí, dijo al chofer:

—Deberías pasar por Saint-Ouen.

Quizás lo dijo para inducirme a error, previendo una posible investigación.

A continuación el patio, la escalera, la sala

de torturas. Además de la palangana y de la barra, me obligaron a sentarme sobre una botella. Grité durante toda la noche.

—Nadie te oirá, vas a reventar aquí, me previno el calvo.

Por la mañana descubrió un nuevo método: golpearme los genitales con una regla de madera.

Me recondujeron a la calle de Saussaies. En un corredor me crucé con E... y con K..., que estaban en tan mal estado como yo. Luego un guardajurado me trajo un emparedado. Al primer bocado vomité.

Se reinició el "interrogatorio": golpes y consejos amables, a intervalos regulares.

Por la noche nos pusimos nuevamente en camino. Las mismas torturas, pero aún con más violencia. Algunos de los policías parecían a juzgar por su acento, haber sido repatriados recientemente de Túnez o de Marruecos.

Ya no podía resistir mucho tiempo. Inventé nombres. Me llevaron a la calle de Saussaies. Vomité en el automóvil bajo los insultos de los policías. En la D.S.T. me interrogaron, tendido en el suelo. Al mismo tiempo oía gritar a F... Fue entonces que el señor Wybot vino a verme. Me hizo preguntas relativas a mis responsabilidades. No respondí. Miró a sus hombres con un aire despreciativo, sin decir palabra, y salió. Su salida desencadenó una explosión de odio contra mí.

Salimos nuevamente en automóvil y me aplicaron las torturas, aún más perfeccionadas. Un inspector orinó en la palangana. Me colocaron los electrodos sobre las encías. Creí que mi cabeza iba a estallar. Durante una nueva sesión de palangana traté de ahogarme, pero sólo logré tragar el líquido repugnante.

Un inspector, aparentemente repatriado de Marruecos, de 1 metro 80 aproximadamente, ancho de espaldas, cabellos rizados, me dijo con dulzura:

—No te apures, tenemos tiempo. Estás aquí en calidad de residente, mi amigo.

Me llevaron inconsciente a la calle de Saussaies. Me dieron un jergón, tirado en un corredor, frente al retrete.

Volví a ver a K..., F..., B..., D..., J... y B... hijo.

Sentía dolores por todas partes, en el hígado, en el estómago; ya no podía hablar. Un guardia me dió una pastilla; la vomité. Por la noche vino a verme un médico, que tomó un aire de preocupación. Después que se fue me transportaron en una camilla a la sala Cusco del Hotel-Dieu. Me hicieron inmediatamente una radiografía.

No sé cuántos días permanecí en el hospital. Luego me trasladaron a la prisión de Fresnes, a una celda. Sólo pasé allí una noche. Al día siguiente me llevaron otra vez al hospital central, donde permanecí hasta el 21 de diciembre.

En medio de las peores torturas yo pensaba intensamente en mis hermanos y hermanas, en Ben M'Hidi, en Djamila, y me repetía sin cesar que uno puede estar cubierto de inmundicias y permanecer sin embargo limpio.

Benaissa SOUAMI

27 años, estudiante (Ciencias Políticas)

4

Fui arrestado en mi domicilio en la tarde del 4 diciembre, y conducido dos horas después por dos inspectores a la calle de Saussaies, donde se me encerró en una celda del sótano.

A la mañana siguiente me llevaron a una oficina de la planta baja cuyas ventanas daban a la calle. Había tres mesas y sobre la de la derecha una máquina de escribir. Me hicieron sentar en una silla frente a las mesas.

A los pocos momentos de encontrarme allí se abrió una puerta a mi izquierda, dando paso a un grupo de personas que parecían hacer los honores de la casa a un personaje de talla pequeña, cabellos blancos y que parecía tener unos cincuenta años.

Al verme avanzó hacia mí y me preguntó quién yo era. Un policía respondió por mí. El visitante me hizo algunas preguntas relacionadas con mis estudios y me preguntó si tenía una beca. Le dije que sí. Observó entonces en tono solemne, pero aparentemente sin gran convicción:

—¿Es así, joven, como Vd. agradece lo que Francia hace por Vd?

Objeté que ése no era el problema y que, por otra parte, habría mucho que decir sobre las insuficiencias de la enseñanza en Argelia. Hizo un ligero signo de aquiescencia y abandonó la pieza con un paso ligero.

Un comisario de talla mediana, alrededor de 1 metro 65, espejuelos de fina montura y algo calvo en la coronilla entró por la otra puerta, se acercó a mi, me agarró por la solapa del impermeable y me dijo: "C..." con voz afeminada.

No respondí. ¿Qué podía responder? Entonces montó en cólera y me dijo:

—¿A Vd. le gusta escribir sobre las torturas? Para éllo nada hay mejor que sufrirlas primero.

Me administró un violento pisotón, ordenando luego a dos inspectores que habían entrado en ese intervalo que me condujesen a mi celda.

Al mediodía fui conducido a una oficina del primer piso, separada del corredor por una doble puerta. La pieza, cuadrada, estaba tapizada de una materia plástica, destinada sin duda a apagar los ruidos. Los policías me esperaban, entre éllos el que me había arrestado: pequeño, trabado, cabellos negros y piel mate. Se me acercó mirándome con aire de mal genio y me dijo: "Habla", sin siquiera precisar de qué.

Suspiré.

Agarró entonces mi mano izquierda mientras sus colegas me mantenían inmóvil, colocó un lapicero entre mis dedos mayor y anular y me los apretó con la mano izquierda al tiempo que con la derecha imprimía al lapicero un movimiento de vaivén.

Aquéllo dolía, pero parecía excitarlo extraordinariamente. La sesión duró alrededor de un cuarto de hora, interrumpida por puñetazos y patadas que los otros me suministraban cada vez que trataba de soltarme.

Fuimos interrumpidos por la llegada de un personaje de 45 a 50 años, que medía alrededor de 1 metro 70, hablaba árabe y tenía ojos de gorrión. Me dijo que había aprendido el árabe en la frontera argelino-tunecina, donde había vivido veinte años. Me preguntó si lo hablaba bien y tuve que reconocer que sí. Luego me anunció:

—Mi amigo, estás metido en un lío. Habla o me pondré bravo, y cuando me pongo bravo no sé lo que hago.

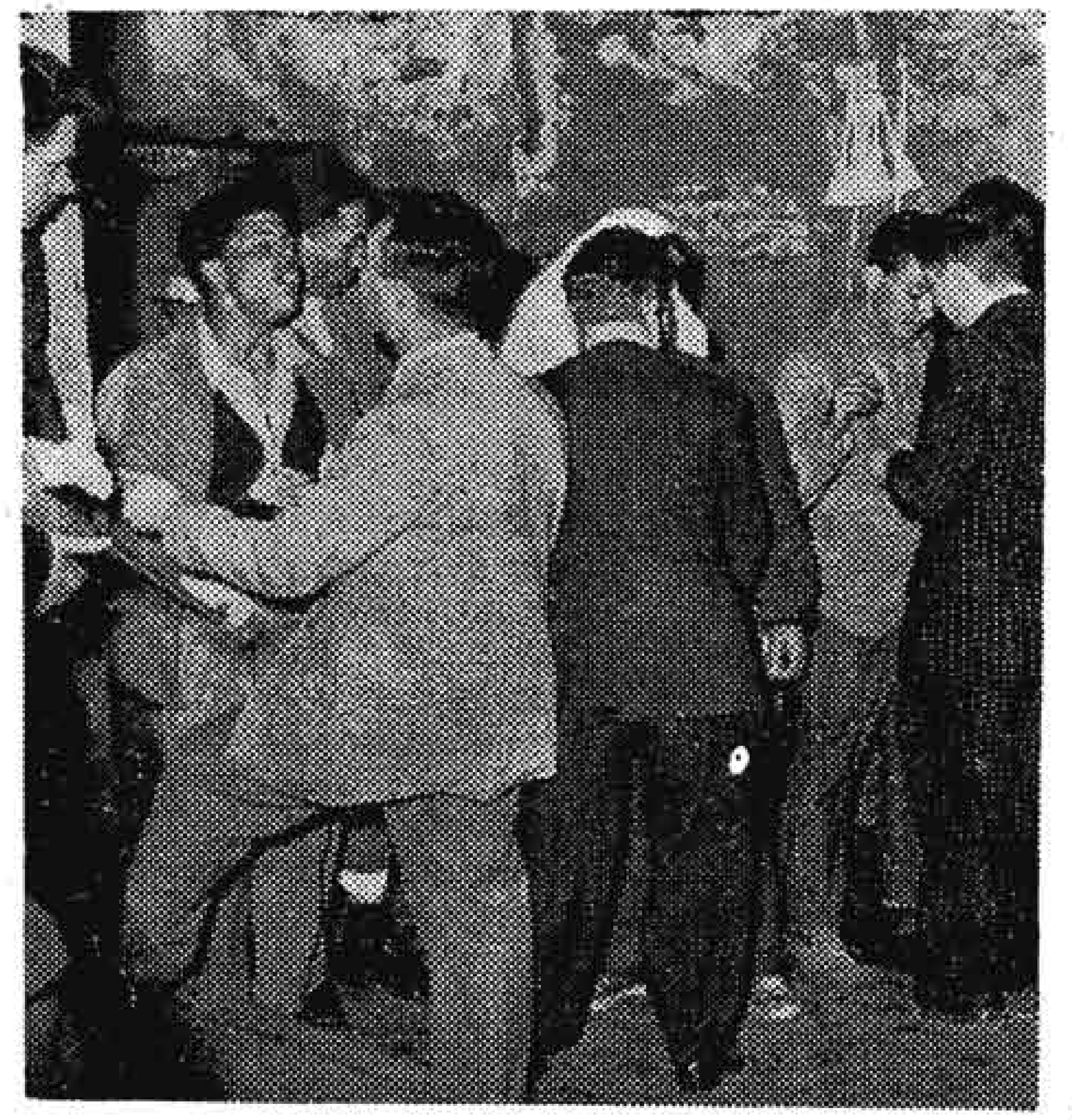
Como yo callaba, resignado como estaba desde por la mañana a las cosas más absurdas, agregó con el tono exasperado de un obrero a quien hacen trabajar demasiado:

—¡No soporto más! ¡No lo soporto, no lo soporto, no lo soporto! ¡Ya no tengo tiempo ni de ir a casa por culpa de vuestros enredos!

Y se precipitó sobre mi dándome puñetazos y patadas en el hígado, en el rostro, en el vientre y en los genitales.

Al cabo de una hora se sentó resoplando, mientras los otros me desvestían. El energúmeno volvió a la carga durante una hora entera, luego se detuvo y se puso a blasfemar de una manera horrible en una jerigonza francoárabe de su invención.

Salió, para regresar al cabo de unos instantes con una caja paralelepípeda de color morado que colocó sobre el buró, mirándome mientras yo limpiaba con los dedos la sangre que manaba de mi nariz. Vi que sacaban de la caja dos alambres aislados bajo una funda transparente, con pinzas en los extremos. Al mismo tiempo el policía extraía una gran barra de hierro, correas y pedazos de madera de una especie de estuche como los que se utilizan para la caza submarina. Dos inspectores me mantuvieron de nuevo inmóvil y, mientras un tercero hacía girar el magneto, mi energúmeno se entretuvo en pasear los electrodos por mi cuerpo, profiriendo a media voz injurias como si hablase consigo mismo. Yo me debatía en vano. Se detuvo al cabo de un cuarto de hora, más o menos, y me dijo: "Esto es una muestra". Luego me ordenó que me vistiera.



Argelinos arrestados por Oficiales de Seguridad Francesa.

Cuando estuve vestido me condujo a una oficina situada al otro lado del corredor. Dos mujeres, de más o menos 45 y 25 años respectivamente, charlaban. Al entrar nosotros interrumpieron su conversación. El policía tomó una hoja de papel y me ordenó que escribiese algunas líneas, "cualquier cosa", agregó.

Sin dejar de observarlo escribí una fórmula matemática. La mujer de más edad le decía:

—Su esposa telefoneó; le dije que Vd. regresaría tarde.

El otro suspiró, me quitó el papel y dijo:

—Voy a enviarlo a los expertos en escritura, ahora sí que se fastidió.

Me llevó de nuevo a la primera oficina, desde donde se me condujo a mi celda. Sentía la cabeza pesada, la garganta inflamada, no podía pronunciar una sola palabra.

Al día siguiente me hicieron subir al segundo piso. Me introdujeron en una oficina donde había seis personas, entre éllas mi amigo Khebaili, enteramente desnudo, más sucio aún que yo, la mirada febril y el cuerpo cubierto de heridas y de morados. Me preguntaron si lo conocía. Contesté que lo había encontrado en el Hogar de Estudiantes Norafricanos y que seguíamos los mismos cursos.

Creyendo descubrir un signo de inteligencia entre Khebaili y yo, el comisario de voz frágil se precipitó sobre mí en el corredor, golpeándome con su cinturón. Cuando terminó me hizo conducir a una oficina que daba sobre el patio y donde un individuo, que los otros llamaban tan pronto Monsieur Charles como Carlos, me interrogó. Me dijo que si yo le mentía me mandaría "arriba para que pudiese oir la música de abajo". En ese momento oí los gritos de Khebaili que venían del segundo piso. El interrogatorio duró dos horas, referente a mil detalles inútiles pero que Monsieur Charles parecía considerar muy importantes. Luego me llevaron a mi celda.

Dos noches más tarde fuí llevado nuevamente a su oficina. Otro inspector, grueso, de un 1 metro 75 de talla aproximada, de ojos pequeños, traje marrón y que hablaba árabe con acento sirio, se encontraba a su lado. Monsieur Charles hizo uso de la palabra en estos términos:

—Mañana tomará Vd. su primer desayuno en la Santé y allí podrá disponer del socorro moral y material de su abogado. Pero antes tiene que hablar.

Me hicieron salir al corredor y me carearon con Khebaili. Un hermano me había aconsejado la víspera, al pasar frente a mi celda, que lo "denunciara" como un responsable universitario, a fin de abreviar sus torturas. Fue lo que hice. La reacción de Khebaili ante lo que creyó era una cobardía de mi parte produjo la mejor impresión a los policías.

El policía con acento sirio me recondujo a la oficina. Designándome una especie de caricatura pegada a la pared y que representaba un personaje de perfil anguloso, me preguntó quién era. Sin darme cuenta del todo de lo que decía, respondí: "Jean-Louis Barrault". Eso lo enfureció (la cólera parecía, por otra parte, constituir el estado de ánimo normal de la casa). Me golpeó con los puños y los pies, luego, sin aliento, me obligó a hacer durante tres cuartos de hora flexiones con las piernas manteniendo extendidos los brazos, sobre cada uno de los cuales había colocado un pesado libro. En ese momento sonó el teléfono; me ordenó que me detuviera, habló durante unos instantes y finalmente me condujo a mi celda. Por el camino agregó:

—¡Mañana me ocuparé de tí, c...!

Pero a la mañana siguiente fuí presentado ante el juez.

Abdel Kander BELHADJ

31 años, estudiante (Ciencias)

UNA ENTREVISTA CON EL BUEN NABOKOV

Shirley Temple, la "Lolita" de la juventud de Nabokov.

El Padre de "Lolita" Abandona las Nínfulas en Beneficio de Pushkin y de Robbe-Grillet

(Servicio Especial L'EXPRESS-PRENSA LATINA)

Vladimir Nabokov, el autor de "Lolita", la novela que ha causado tanto escándalo en el mundo entero, acaba de ser entrevistado en París por un reportero de L'EXPRESS. He aquí la entrevista:

Pregunta.— En Francia, como en todas partes, "Lolita" ha tenido un gran éxito. ¿Lo esperaba usted?

Respuesta.— Cuando un autor escribe un libro, tiene cierta visión de ese libro. El éxito está contenido en esta visión: si se escribe un libro es para que sea publicado. Si debe ser publicado es para que sea leído. Y bien leído. Y para que tenga éxito, por supuesto. El éxito marcha con el libro. Es un elemento del libro mismo.

Debo decir que "Lolita" es mi libro favorito. Entre las decenas de novelas que he escrito en ruso e inglés, es la que prefiero. Me había dicho: hay muchos buenos lectores por el mundo, la leerán. Pero yo imaginaba que aparecería en una limitada, restringida, reservada a algunos literatos. Pensaba también que sería prohibida en los Estados Unidos. Ahora bien, que haya sido prohibida en Inglaterra y en Australia, es normal; pero que se haya autorizado en los Estados Unidos y prohibido en Francia, es verdaderamente una paradoja.

Pr.— ¿Ese error fué reparado después?

R.— Sí, bien reparado.

Pr.— ¿De qué naturaleza ha sido el éxito de "Lolita" en los Estados Unidos?

R.— Artístico y filosófico. No ha sido un éxito de escándalo. Extrañamente, los américanos no han considerado "Lolita" como un libro que no debía ponerse en todas las manos. Los jóvenes lo leyeron como leen otras cosas. Después venían a verme los estudiantes, los escolares, y me decían: "Aquí tengo un ejemplar de "Lolita". Me gustaría regalárselo a papá para Pascuas y a mamá para las navidades; ¿puede firmármela, señor Nabokov?" Yo no firmaba los ejemplares, pero lo que cuenta es la petición. Luego papá leía y no me decía nada. Al contrario: hubo grupos religiosos que me pidieron dar conferencias sobre "Lolita", cosa que yo no he hecho. Y he recibido de todo el mundo cartas de lectores a quienes les ha gustado el libro y hablan de él con sutileza.

Pr.— Para muchos de sus lectores "Lolita" constituye en su anécdota, una inquietante historia de amor. ¿Fué eso lo que usted deseo?



Gillian Hillis a los catorce años es una "Lolita" del Cine.



R.— Hay algo pleno en "Lolita", pleno como un huevo, armonioso. Me parece que un escritor percibe su libro como cierto diseño que desea reproducir y yo me figuro que he reproducido bien ese diseño. Ahí están los contornos y también los detalles. Hubo un momento en que me dije: "Bien, ya está todo; no puedo agregar nada más." Quizás eliminé algunas páginas aquí y allá, algunas superfluidades. Pero el libro está ahí. Lo sufrí durante años. Yo tenía que hacer otras cosas: mis conferencias en la Universidad de Cornell, y otro libro, un trabajo erudito sobre Pushkin que me ha tomado diez años (iba a decir cien años...). Solamente durante las vacaciones yo escribía "Lolita". Mi esposa y yo recorríamos Norteamérica, toda Norteamérica, pernoctando en los moteles. Cazábamos mariposas en las Rocallosas y cuando llovía, y el tiempo era gris, si no estaba fatigado, me instalaba en el automóvil que estacionaba cerca del cuarto del motel y escribía, escribía una, dos páginas y si veía que la cosa marchaba bien, continuaba.

CAZADOR DE MARIPOSAS

Pr.— ¿Escribía Ud. en su automóvil?

R.— Sí, yo escribo a mano en uno de esos cartapacios que en Estados Unidos se llaman "Index-cards". Escribo a lápiz. Mi sueño sería tener siempre un lápiz con buena punta. Después transcribo el primer borrador, a tinta, sobre papel normal. Y mi esposa lo mecanografía. Yo no sé hacer nada con la manos. Ni siquiera conducir un automóvil.

Pr.— ¿No decía usted que cazaba mariposas?

R.— Bueno, sí, pero lo único. Cuando comienzo a desmontar, a desmembrar una mariposa para examinarla al microscopio, es cuando, de pronto, mis manos se vuelven muy delicadas, mis dedos afilados, y puedo hacer de todo con ellos. Pero es lo único. Después, vuelvo a ser como dicen los ingleses, "All trumbs", todo pulgares.

Pr.— ¿Corrige usted muchos sus libros?

R.— Todo el tiempo. Por eso escribo primero a lápiz: se puede tomar una goma y reparar. En mí, el escribir no viene de un tirón continuado. Me cuesta mucho, hay muchas dificultades. Escribir una carta, incluso una tarjeta postal, me toma horas. No sé hacerlo.

Pr.— ¿Por qué ese nombre "Lolita", para su personaje?

R.— Al principio fué Dolores. Es un bello nombre, Dolores. Un nombre de largo velo, un nombre de ojos líquidos. El diminutivo de Dolores es Lola, y el diminutivo de Lola, Lolita.

"¿Sabe dónde hay una Dolores? Acabo de recordarlo ahora mismo: en "Monte-Cristo". Lo leía cuando era un chiquillo".

Pr.— ¿No hace ya tiempo que se encuentra en sus libros el tema de "Lolita"?

R.— Eso dicen los críticos: que tengo niñitas por aquí y jovencitas por allá, quizás un poco perversas... No lo sé. La editorial Gallimard me publicará un libro de recuerdos, en cuyas páginas hay un amor de infancia. Hablo de una niña que conocí en la playa de Biarritz. Yo tenía diez años y ella nueve. Fué un amor totalmente platónico. Es absurdo ver en él la primera Lolita.

Pr.— ¿Fué usted el que inventó la expresión "ninfula" ("nymphette")?

R.— Sí, yo. Ya había "ninfas". Y Ronsard,

que amaba los diminutivos latinos, se sirvió de "nínfula" en un soneto. Pero no en el sentido en que yo lo he utilizado. Para él se trataba de una ninfa que era demasiado gentil.

TRES IDIOMAS.

Pr.— La suya, en efcto, no lo es. Usted ha sido bastante duro con Lolita.

R.— Sí, pero también es un personaje muy patético. Hacia el final del libro el autor y el lector tienen piedad de ella, de esta pobre niña que ha sido inmolada sobre el altar de los moteles... Es muy triste. Se casó con ese pobre muchacho, ese Shiller, y es el momento en que Humbert comprende que la ama y que esta vez es el verdadero amor. Ella ya no es bonita, no es graciosa; va a tener un niño y es ahora cuando la ama. Es la gran escena de amor. El le dice: "Deja a tu marido y ven conmigo", y ella no comprende. Es siempre su Lolita y la ama con un amor muy tierno. No ya con aquella pasión mórbida. Ella muere. Ya en la introducción yo hablaba de una señora Shiller que murió en un pequeño caserío de Alaska, Grey Star. Era ella, pero como el lector ignora que va a casarse y que se va a llamar Shiller, no comprende. Sin embargo, ahí está: injertada de antemano en el prólogo. Lolita murió, y por eso el libro fué publicado ya que ésa era la condición. Todo eso me ha costado lágrimas de sangre. Todos esos pequeños detalles. Es muy difícil hacer un libro que se sostenga desde el principio hasta el fin.

Pr.— ¿Escribe otra cosa ahora?

R.— Sí, una obra formidable, ese trabajo de que le hablé, sobre Pushkin. Cinco volúmenes. Acabo de terminarlo y ya está entre las manos de dos editores de Nueva York, Ramdon House y Morning Press. Ahora voy a descansar hablando un poco con usted y después voy a escribir otro libro. Otra novela, creo.

Pr.— ¿Sobre qué asunto?

R.— No, no puedo hablarle nada de eso, Si comienzo a hablar de esas cosas, mueren. Es como una metamorfosis; no ocurre si se la mira.

Pr.— Se ha admirado mucho el estilo en que está escrito "Lolita". ¿Cree usted que su conocimiento perfecto de tres lenguas, la rusa, la francesa y la inglesa, le sirven de algo?

R.— Amo las palabras. Sí, conozco bien esas tres lenguas, esta troika, estos tres caballos que siempre he atado a mi vehículo. Mi primera criada, mi nodriza, era inglesa. Luego tuve una institutriz francesa. En todo ese tiempo yo hablaba, evidemente, el ruso. Después, siete u ocho institutrices inglesas, un maestro inglés y una maestra suiza.

Pr.— Educación de príncipe...

R.— Educación a la rusa, más bien. Se hablaban los tres idiomas en la casa. Pero en la mesa, cuando las tres criadas servían se hablaba el francés o en inglés, para que no comprendiesen.

UNA FRAMBUESA

Pr.— ¿Es indiscreto preguntarle en qué idioma pensaba usted?

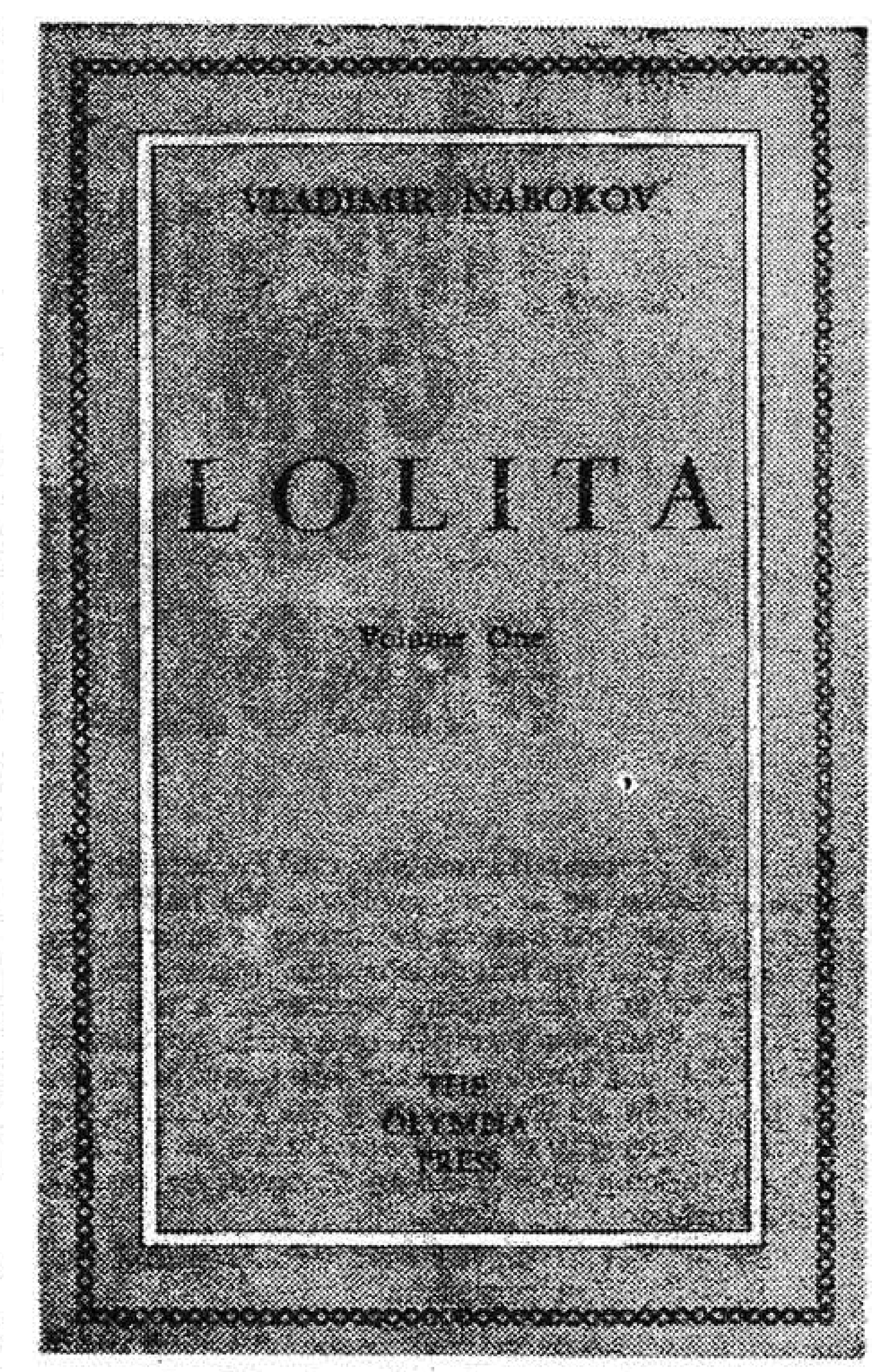
R.— ¿Es que se piensa en un idioma? Se piensa más bien en imágenes. Este es yo creo, el error que cometió Joyce, la dificultad que no supo del todo superar. Hacia el fin de "Ulises" y en "Finnegan's Wake" hay una oleada de palabras, sin puntuación, que pretende expresar el lenguaje interior. Pero la gente no piensa de ese modo. Por palabras, sí, pero también por fórmulas todas, por clichés. Y por imágenes, la palabra se disuelve en imágenes, después la imagen produce la palabra siguiente.

Pr.— ¿Qué diferencia de uso señalaría usted entre esas tres lenguas, esos tres instrumentos?

R.— Hay matices. Si usted toma, por ejemplo, "framboise", en francés, es un color escarlata, un color bien rojo. En inglés, la palabra "raspberry" es más bien mate, quizás con algo pardo o violáceo. Un color bastante frío. En ruso, es una relámpago de luz "malinoé"; la palabra tiene asociaciones brillantes de alegría, de campanas que suenan. ¿Cómo quiere usted traducir?

Pr.— Usted ha hecho en "Lolita" una sátira bastante violenta de Norteamérica.

R.— Quizás. Pero es una maqueta de Norteamérica, y habría podido construir otra. He hecho una América que me place, extraña, divertida, e hice circular mis personajes entre esos jardines y esas montañas que he imitado o más bien inventado. En cuanto a las ideas que dí a



ese señor Humbert-Humbert, son bastante neutras. Son las ideas del profesor medio. No las mías.

Pr.— En efecto, parece profundamente impresionado por lo que hay de escandaloso en su aventura, mientras el propio autor da la impresión tomar cierta distancia, asumir cierta actitud irónica frente a todo ese drama de Humbert-Humbert, y de sus relaciones con Lolita. ¿No es verdad?

R.— Yo no tomo partido. Ese es asunto de Humbert-Humbert. De eso muere. Puede decirse: en el fondo, he aquí la moraleja, el gendarme de la moraleja que llega al fin del libro. Pero de todas maneras... el debía morir de eso. Si no, no habría habido libro.

"Hay más: Humbert-Humbert no tuvo la suerte de encontrarse en el lugar apropiado. En un estado como Texas o Mississippi, se puede uno casar con una niña de once años. Pero eso no lo sabía el pobre hombre..."

AMERICANOS Y RUSOS

Pr.— ¿Cómo es que no lo dijo usted.

R.— Si lo hubiera dicho, tampoco habría existido el libro...

Pr.— ¿Cuáles son sus ideas personales sobre América?

R.— Es como en todas partes, hay personas molestas y personas interesantes, filisteos y gente honesta. Todas las sociedades son materialistas. Lo eran ya, cuando escribía con una pluma de ganso y se usaba polvo para secar la tinta.

Pr.— ¿Regresará usted a Rusia?

R.— No. Jamás. No a Rusia. Rusia se acabó Es un sueño que tuve. Yo he inventado a Rusia. Salió mal.

Pr.— ¿Lee usted mucho?

R.— Sí. Demasiado. Dos o tres libros por día. Después lo olvido todo.

Pr.— ¿Lee novelas?

R.— Para el trabajo sobre Pushkin, he leído toda la literatura francesa hasta Chateaubriand y toda la literatura inglesa hasta Byron. Leo rápidamente, pero me toma tiempo. "La Nueva Heloísa" por ejemplo, la leí en tres días. Estaba casi muerto después, pero la leí. He leído también al abate Prévost. "Manon Lescaut" es muy hermosa. Usted hablaba de historias de amor: "Manon Lescaut" es uno de esos libros que dan escalofríos, ¿usted sabe?, esos escalofríos... Una pequeña nota de violines, largos lamentos...

Pr. ¿Piensa usted que hoy todavía se escriben novelas de amor?

R.— Está Proust...

GIDE FASTIDIOSO.

Pr.— Yo me refería a los contemporáneos.

R.— Tenía veinte años cuando murió Prouts. Es de mi época. Pero tome "Los celos" de Robbe-Grillet: es una bella historia de amor. Uno de los libros más poéticos que conozco, de los que producen ese pequeño escalofrío de que hablabamos.

Pr.— ¿Verdaderamente?

R.— Sí, la más bella novela de amor, desde Proust. Pero no hablemos de los contemporáneos, los pobres no están muertos.

Pr.— Sí, no hay que matarlos con anticipación. ¿Le ha gustado Gide?

R.— No mucho. Hay cosas muy buenas: "La Cuevas del Vaticano". Pero a la larga, es fastidioso. No conocía la vida. No sabía nada del mundo. Su descripción de los pequeños arabes no es, tal vez demasiado mala. Una especie de fruta confitada...

Pr.— ¿Va usted al teatro?

R.— Conozco muy bien el teatro de Scribe, donde se limpian los muebles con plumero en el primer acto... Y me gustaban mucho las obras de Lenormand cuando era joven. ¿Se siguen representando?

El reportero contesta: "No". Nabokov comenta:

¡Se acabó, se acabó! Eran tan bonitas, tan poéticas. Yo no voy a menudo al teatro. La última vez fué en 1932.

Pr.— ¿Y al cine?

R.—Hay televisión. Ver un Hitchcock aquí o allí es la misma cosa, ¿no?

Pr.— ¿Está usted interesado en la película que se hará de su libro?

R.— Sé que tendrá una Lolita muy bonita, muy bien formada. Pero eso es todo.

Pr.— ¿Qué viene a hacer a Europa?

R.— A reposar y a ver nuevamente amigos y familiares. Tengo una hermana que no he visto desde 1935 y que vive en Ginebra; voy a verla. Tengo también un hermano en Bruselas.

Pr.— ¿En qué año dejó usted Europa?

R.— En 1940, en el "Champlain". Un barco encantador que navegaba en zig-zig para evitar los submarinos, sin duda. Aquel fue su último viaje. Después lo hundieron. Lástima.

Pr. ¿Qué ha cambiado en Europa en estos veinte años?

R.— Los automóviles. Es casi lo único. Y también hay más cuartos de baños.

(Copyright L-EXPRESS, exclusivo para PRENSA LATINA en toda Latinoamérica).

EL ESCANDALO LOLITA EN BUENOS AIRES

por luis pico estrada



Eduardo Mallea, escritor argentino, defensor del libro interdicto

Una nínfula, una chiquilla peligrosa o simplemente Lolita, la niña de doce años "que todos los hombres desearían tener por sobrina y quienes causaría miedo tener por hija", ha motivado más perturbaciones en los ambientes literarios y judiciales de todo el mundo que las

que causó al inefable Humbert-Humbert, su seductor-seducido.

Ante todo ¿qué es Lolita?. Una frondosa novela del escritor ruso-exilado-Vladimir Nabokov donde se narra, con un estilo agudo y los recursos más violentos, la pasión de un maduro europeo por una insinuante niñita norteamericana, una "nínfula".

Humbert-Humbert, de unos cuarenta años de edad, se casa con una viuda que le desagrada para estar próximo a la que será su hijastra, Lolita. Una vez que muere su esposa logra disimular la relación sentimental que ha iniciado con la niña, al presentarse como su protector. Juntos recorren los Estados Unidos "a través de esa absurda colcha de retazos de cuarenta y ocho estados" hasta llegar al drama final.

El libro no sólo recorrió "esa absurda colcha" sino todo el mundo ocidental en un latigazo de triunfo, entusiasmando a los intelectuales y al público culto, escandalizando a los puritanos y aburriendo al lector común, pues su lectura no es sencilla.

En Buenos Aires, "Sur", la prestigiosa editorial de Victoria Ocampo, resolvió su publicación en español. Con una sonrisa entre candorosa y picaresca Lolita salió a la calle, acompañada por una publicidad tranquila, que no recalcó sus aspectos escabrosos. Sin embargo, en notorio temblor, las asociaciones de padres, madres y familias hicieron saber su escándalo. Tal vez pensaban, como dijo con sorna uno de sus más entusiastas defensores, el miembro de la Cámara de los Comunes de Inglaterra, Nigel Nicolson, que "la descripción de experiencias sexuales de esta índole entre un hombre de cuarenta años y una chiquilla de doce tendría probabilidades de alentar experiencias análogas en la vida real. Chiquillas de esa edad leerán el libro y comenzarán a sentir que tienen poderes —hasta ese momento insospechados— para atraer a los hombres. También los hombres verán en las chiquillas encantos físicos de los cuales no se percataron hasta entonces. No sólo las mirarán con ojos nuevos, sino que también ellas los mirarán con ojos nuevos. Se corromperá la deliciosa inocencia de la infancia. Ningún hombre se atreverá a dejar a su hija a solas con su amigo más íntimo".

Es probable que esas asociaciones familiares reflexionaran sobre tantos peligros. Es muy posible también que eso sea lo pensado por un oscuro funcionario de la Municipalidad de Buenos Aires que resolvió incluir a "Lolita" entre las obras prohibidas, uniendo su destino al de libros y revistas pornográficas.

De esta manera "Lolita" sufría la suerte de tantas otras obras literarias que tuvieron la desgracia de enfrentar la mirada burocrática de algún empleado inquietantemente mal pensado.

Pero ya Lolita, a pesar de su corta edad, conocía las desventuras de la persecución (no solo por parte de Humbert-Humbert): En Estados Unidos los editores vacilaron antes de publicarla y luego tuvo que soportar el "boicot" de muchas instituciones cristianas; en Francia sucedió algo parecido y en Inglaterra el Parlamento evitó que fuera sometida a la ley de obscenidad británica, que ya había triturado a Oscar Wilde, "Los amantes de Lady Chatterly", el Decameron de Bocaccio y el Informe del doctor Kinsey. En Gran Bretaña, la defensa del ya mencionado Nicolson hizo meditar a muchos. Decía este parlamentario: "Lolita ha tendido sus manos pequeñas, veraces y atractivas a la puritana conciencia inglesa en el preciso momento en que intentábamos recapacitar sobre nuestra actitud acerca del problema de la censura británica. Nos preguntábamos si el valor literario excusa la indecencia: si la frase "una obra de arte obscena" no es una contradicción en sí misma; si una una novela puede permitirse cualquier tema, aunque éste ofenda lo que un hombre común entiende por decoro; si un libro como "Lolita" puede corromper a alguien y si, en el hipotético caso de que así fuera, la mera probabilidad de que llegara a dañar a una docena de lectores es razón suficiente para prohibir su publicación, en tanto que cientos de miles podrían leerlo con placer y sentirse tan poco inducidos a seguir el ejemplo de "Lolita" como el lector de un informe sobre el campo de concentración de Belsen a empujar a su vecino para hacerlo caer dentro de una cámara de gas. "Lolita" ha pasado a ser una piedra de toque. Son bastante adultos los ingleses para permitir la publicación de un libro que describe una perversión sexual que todos miramos con horror".

Y agregaba Nicolson, luego de una cita de los principales temas argumentales de la obra: "Si esto fuera todo lo que hubiera que decir, ningún editor decente miraría por segunda vez un libro tan terrible. Si estuviera escrito sin arte, con la intención de atraer lo que hay de más bajo en la naturaleza humana por un afán de mero lucro y sin pensar en las consecuencias, sería pornografía, porque la pornografía no tiene más objeto que incitar a la lujuria, y se la condena justamente. Pero a "Lolita" no le cuadra esta definición. Sus pasajes sexuales están escritos sin detalladas descripciones físicas; más que describirlas se las sugiere, así como una música puede sugerir emociones sin recurrir a las palabras. Los términos eróticos familiares están totalmente ausentes. Un niño no comprendería los pasajes señalados como objetables y un adultoque deseara encontrar en el libro alimento para su lascivia quedaría tristemente decepcionado. Más aún, el libro encierra una condena de sus personajes principales. Lolita es sentimental, presuntuosa y egoísta; su seductor, hasta en el caso de admitir que esté en su sano juicio, confiesa ser un pervertido, un hombre mezquino, abominable, cuya única virtud es despreciarse así mismo. La novela es una tragedia. Cuatro vidas se arruinan por completo a causa de esta culpable pasión por una niña. ¿Cómo, entonces, podría suponer un lector que vale la pena ensayar esta nueva experiencia cuando resulta a tal punto claro que la experiencia en sí misma es insatisfactoria y sórdida y que, lejos de crear felicidad, conduce a un sufrimiento y a una desesperación inevitable? Nabokov no expone explícitamente la moraleja: no lo necesita. Describe lo que ocurre a seres humanos en determinadas circunstancias, así como una novela sobre la guerra es una condena implícita de la guerra, o como el relato de un crimen acusa implícitamente a los criminales".

Pero los funcionarios argentinos o no leyeron a Nicolson o, lo que es más probable, no lo comprendieron. Como réplica oficial, el obstinado agente fiscal doctor Guillermo de la Riestra, radicó una querella criminal contra los integrantes de la editorial Sur, los propietarios de los talleres impresores y el traductor de la obra, por el delito de publicaciones obscenas en que habrían incurrido como responsables de la edición de "Lolita".

Expresa de la Riestra que la novela es "una extensa y repugnante narración de las aberraciones sexuales de un hombre maduro". Se dice asimismo que "Lolita" es "la sádica y variada descripción de los delitos que el Código Penal denomina estupor, corrupción y abuso deshonesto y que a ese tema vienen a añadirse descripciones sencillamente nauseabundas".

Ante tales juicios, "Sur" no podía callar, y en la revista que edita bimensualmente publicó la opinión de prestigiosos intelectuales extranjeros y argentinos. A continuación transcribimos algunas de esas opiniones:

Graham Greene: "Lolita" acaba de ingresar en la honrosa nómina de libros proscriptos, en la que estuvieron incluídos "Las flores del mal" y "Madame Bovary". La estúpidez e irracionalidad de la moralidad pública se han dado su última "accolade". Para mí (si exceptúo el desenlace) es una de las novelas más extraordinarias que han aparecido después de la guerra, y en la extraña mezcla de pathos y elementos jocosos del carácter del héroe hay verdadera originalidad. Si las autoridades piden libros "saludables", no hay duda de que éste es uno de ellos. La sátira actúa como el alcohol sobre una herida".

Alberto Moravia: "Una novela muy hermosa. Es tanto un libro para escritores como para el lector común".

Lionel Trilling: "Lolita se ocupa del amor. Quizás me entendieran mejor si lo dijera en la siguiente forma: Lolita no se ocupa del sexo, sino del amor. Casi en cada página se expresa explícitamente alguna emoción erótica o algún claro hecho erótico, y sin embargo no se trata nunca de sexo. Se trata de amor. Y esto la convierte en un fenómeno único dentro de mis experiencias con novelas contemporáneas".

En cuanto a los intelectuales argentinos, pueden escogerse las manifestaciones siguientes:

Jorge Luis Borges: "Para casi toda la gente, los conceptos de moralidad e inmoralidad se reducen a lo sexual; no se piensa que un libro es inmoral porque enseña crueldad (Hemingway) o vanidad (Baudelaire).

Silvina Ocampo: "Lectores: algunos de los cuentos de hadas más famosos no fueron censurados; sin embargo, hay en ellos bestialidad e incesto. Que una princesa tenga amores con un pájaro azul que la visita por la ventana; que un rey esté desesperadamente enamorado de su hija y quiera casarse con ella, a toda costa, no llama la atención de un niño. Los niños saben lo que la censura, a veces, no quiere saber: que la realidad de un libro es diferente de la realidad de la vida".

Carmen Gándara: "Si la obra de Vladimir Nobokov no hubiera sido prohibida en varios paises, no habría sido leida sino por un reducido grupo de lectores".

Alicia Justo: "Lolita", de Vladimir Nabokov, participa en cierto grado de la naturaleza de lo bello; es una obra que se desarrolla en el más estricto plano estético y por esto ha sido un grave error prohibir su venta, intentando dar así un carácter de vulgar recurso obsceno a los elementos que en la obra tienen un sentido trágico".

Eduardo Mallea: "No creo que se trate en esta encuesta de defender un libro, sino de sostener un principio. La cultura es una manifestación de coraje o no es nada. El prohibir en literatura por úkase estimula los grandes miedos en vez de ayudar a razonar —en todo caso— las inteligentes reprobaciones. Prohibir no enseña nada. Prohibir es desconfiar de los resortes naturales de un rechazo legítimo, si es que el rechazo ha de ser la reacción propia que provoque una obra subalterna por su espíritu o por su letra. La prohibición inventa al diablo en vez de estimular la confianza en las operaciones de Dios".

Enrique Pezzoni: "¿Estamos espiando por el agujero de una cerradura o somos lectores lúcidos y conscientes de la ficción literaria?

Por ahora debemos confesar que en la Argentina continuamos espiando por el agujero de una cerradura. Pero del otro lado de la puerta, Lolita, sonríe Al margen de sus méritos literarios, sabe que triunfará. Las páginas febriles escritas por Nabokov tienen mucho más poder que las voces de los funcionarios, con su fugaz poder de fuegos artificiales sin brillo ni alegría.



Victoria Ocampo peleó en Argentina por "Lolita".



Graham Greene: prefiguraba en Shirley Temple el síndrome "Lolita".

EN ALEPPO UNA VEZ

por vladimir nabokov

versión de jorge ruano

Aquí debía venir un fragmento de "Lolita", pero después que "Diario Libre" la ha hecho tan popular, hemos acudido a uno de los cuentos más bellos y más ilustrativos de su estilo que ha escrito Vladimir Nabokov. El dedicado y diestro Jorge Ruano lo ha traducido con fidelidad de amante y a través del español, puede verse la transparente prosa de estilista de Nabokov. Hay una aclaración: el título misterioso se aclara —y se aclara el cuento también— cuando se sabe que la frase "Que en Aleppo una vez..." pertenece al bocadillo último de Otelo. Luego Otelo señala los defectos del traidor de Aleppo y termina: "... y al perro circunciso lo maté de esta suerte"— y se degüella.



Entre otras cosas, escribo esta para decirte que al fin estoy aquí, en este país al que me han conducido tantas puestas de sol. Una de las primeras personas que vi es nuestro buen Gleb Alexandrovich Gekko, cruzando taciturno la Avenida Columbus en busca del *petit café du coin* que ninguno de los tres visitaremos ya. Estaba convencido de una forma u otra que tu estabas traicionando la literatura nacional, y me dió tu dirección con una sacudida despreciativa de su cabeza cana, como si no merecieras el placer de saber de mí.

Tengo un cuento para tí. Y esto me recuerda los días en que escribíamos nuestros primeros versos burbujeantes, tibios aún de la ubre, y todas las cosas, un charco, una rosa, una luz en la ventana, nos gritaban: "¡Soy una rima!" Sí, este es un mundo muy útil. Jugamos, morimos: todo en rima. Y las almas sonoras de los verbos rusos le dan un significado a la loca gesticulación de los árboles o a algún periódico abandonado deslizándose y deteniéndose y deslizándose de nuevo, con saltos abortivos y estremecimientos ápteros a lo largo de un interminable muelle barrido por el viento. Hoy vengo a ti como la borboteante dama de Chejov, la que se moría por ser descrita.

Me casé, déjame ver... como un mes después de que tu te fuiste de Francia y pocas semanas antes de que los gentiles alemanes penetraran rugiendo en París. Aunque puedo producir prueba documental de mi matrimonio, estoy seguro de que mi esposa jamás existió. Puede que conozcas su nombre por otra fuente, pero no importa: es el nombre de una ilusión. De esta forma, puedo hablar de ella como de algo ajeno, como del personaje de un cuento (uno de tus cuentos, para ser exacto).

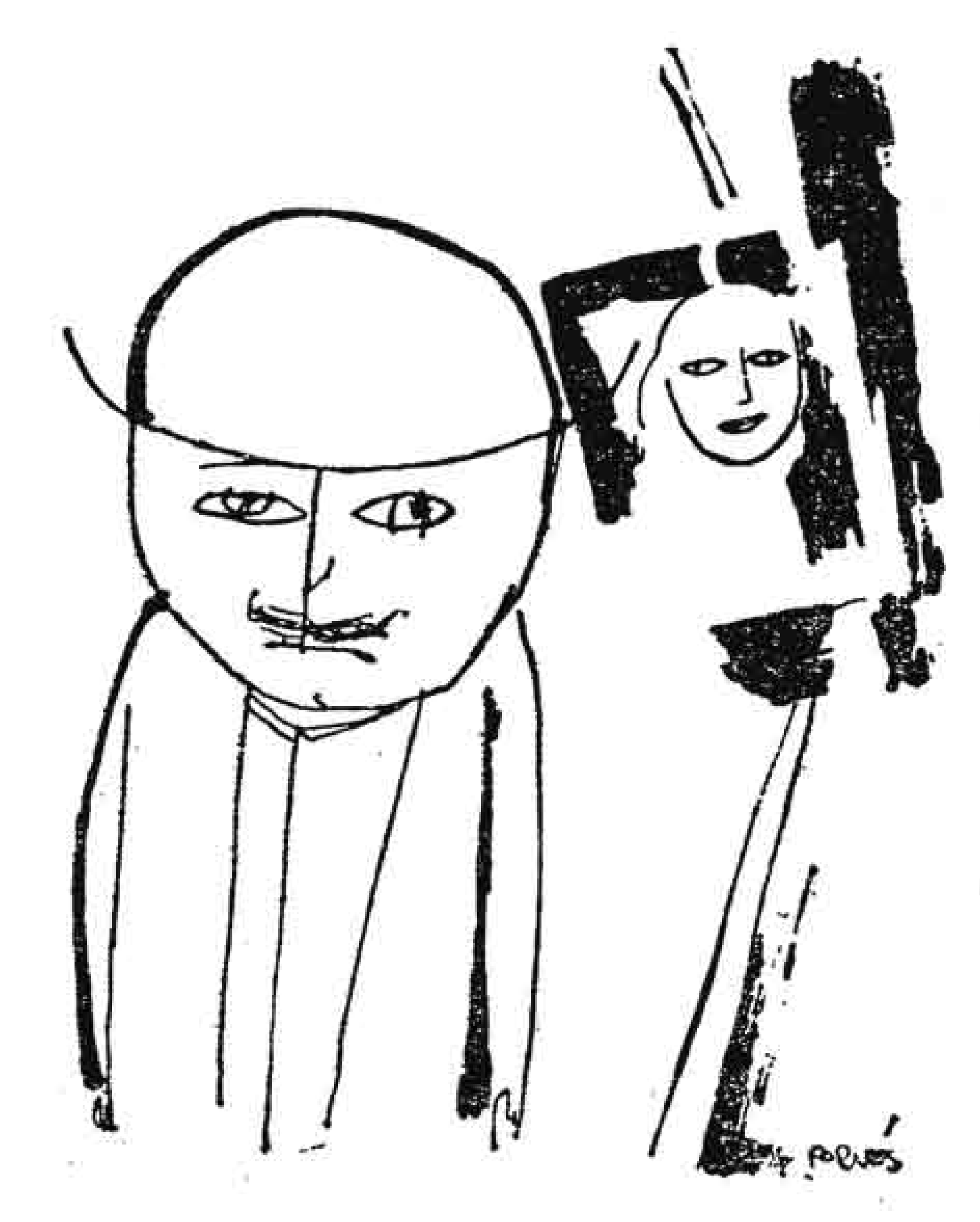
Fue amor al primer contacto en lugar de a primera vista, porque yo la había visto varias veces sin experimentar ninguna emoción especial; pero una noche, mientras la acompañaba a casa, algo extraño que dijo me hizo doblarme de risa y ligeramente besar su cabello —y por supuesto todos sabemos cómo es ese relámpago cegador causado meramente por levantar una muñeca del piso de una casa cuidadosamente abandonada: el soldado en sí no oye nada; para él es solamente una extática expansión, sin sonido y sin límites, de lo que ha sido durante su vida un puntico de luz en el centro oscuro de su ser. Y realmente, la razón por la cual pensamos en la muerte en términos celestiales es que el firmamento visible, especialmente de noche (sobre nuestro París a oscuras, con los delgados arcos del Boulevard Exelmans y el incesante gorgoteo alpino de los urinarios desolados) es el más adecuado y omnipresente símbolo de esa vasta y silenciosa explosión.

Pero no puedo discernirla. Ella permanece tan nebulosa como mi mejor poema: aquel del que te burlaste tan cruelmente en el *Literaturnie Zapiski*. Cuando quiero imaginármela, tengo que aferrarme mentalmente a un pequeño lunar de su antebrazo, del mismo modo que uno se concentra en el signo de puntuación de una oración ilegible. Quizás, si hubiera usado más maquillaje podría hoy visualizar su cara, o al menos las delicadas colinas transversales de sus labios secos, rojos y pintados; pero no puedo, no puedo, aunque aún siento su elusivo contacto de vez en cuando jugando a la gallina ciega con mis sentidos, en ese sollozante sueño cuando ella y yo nos apretamos torpemente uno contra el otro, a través de esa niebla descorazonadora en que no puedo vislumbrar el color de sus ojos más allá del velo lustroso de las lágrimas que sofocan sus pupilas.

Era mucho más joven que yo. No tan joven como Natalia, la de los bellos hombros en relación con el cuarteado Pushkin; pero por lo menos había entre nosotros suficiente margen de edad para ese romanticismo retrospectivo que encuentra su placer en imitar el destino de un genio único (hasta en los celos, hasta en la suciedad, hasta en la puñalada de ver sus ojos de almendra volviéndose hacia un rubio Cassio, ocultos tras un abanico de plumas de pavo real), aun cuando uno es incapaz de imitar sus versos. A ella le gustaban los míos, a pesar de todo, y no hubiera bostezado como la otra hacía cada vez que un poema de su esposo excedía la duración de un soneto. Si ella fue un fantasma para mí; yo debo haber sido un fantasma para ella: supongo que sólo la atrajo la oscuridad de mis poemas, y entonces ella abrió un hueco a través de ese velo y descubrió el rostro de un extraño que no amaba.

Como sabes, desde hace tiempo planeaba seguir el ejemplo de tu afortunado viaje. Ella me describió a uno de sus tíos que vivía, según ella, en New York: el enseñaba equitación en una Academia del Sur y había terminado por casarse con una rica matrona americana; tenían una hijita que había nacido sorda. Me dijo que hacía mucho tiempo que se le había perdido la dirección, pero unos días después apareció milagrosamente. Les escribimos una carta dramática de la que nunca recibimos respuesta. Eso no nos importó, porque ya yo había obtenido un sólido *affidavit* del Profesor Lomhenko de Chicago; pero no habíamos hecho nada más en cuanto a conseguir los papeles necesarios cuando comenzó la invasión, momento en el cual comprendí que si nos quedábamos en París algún dadivoso compatriota tarde o temprano le mostraría a partes interesadas algunos pasajes de mis libros donde arguía que, a pesar de todos sus negros pecados, Alemania estaba predestinada a continuar siendo por siempre jamás el hazmerreir del mundo.

Y así empezamos nuestra desastrosa luna de miel. Apretujados y arrastrados en el éxodo apocalíptico, esperando por trenes sin horario que nos llevarían a destinos sin nombre, caminando a través de los apolillados decorados teatrales de pueblos abstractos, viviendo en un permanente crepúsculo de extenuación física, huimos. Y mientras más lejos huiamos, más claro era que lo que nos arrastraba era algo más que un tonto uniformado y su chatarra en marcha: era algo de lo que él sólo representaba el símbolo, algo mostruoso e impalpable, una masa inmemorial de horror sin rostro y sin fecha, que aún se acerca a mi por la espalda, aun aquí, en el verde vacío del Parque Central.



Oh, ella lo soportó con bastante coraje —con una especie de contento alelado. Una vez, sin embargo, súbitamente empezó a sollozar en un vagón de ferrocarril de espíritu piadoso. "El perro— decía. —El perro que dejamos". La sinceridad de sus penas me hirió porque nunca habíamos tenido perros "Lo sé— dijo ella pero traté de imaginarme que por fin habíamos comprado ese perdiguero. Y piensa cómo ahora estaría aullando detrás de una puerta cerrada". Nunca habíamos siquiera hablado de comprar un perdiguero.

Tampoco quisiera olvidar un pedazo de carretera y el espectáculo de una familia de refugiados (dos mujeres, un niño), cuyo viejo padre o abuelo había muerto en el camino. El cielo era un caos de nubes negras y color de carne, con un feo rayo de sol emergiendo detrás de una colina encapuchada, y el viejo estaba tirado sobre su espalda bajo un árbol polvoriento. Con un palo y las manos, las mujeres habían tratado de cavar una tumba junto a la carretera, pero la tierra era demasiado dura y se habían dado por vencidas: ahora estaban sentadas juntas, entre las amapolas anémicas, algo alejadas del cadéver que apuntaba al cielo con su barba. Pero el niño seguía escarbando y halando, hasta que hizo rodar una piedra plana y olvidó el objeto de sus solemnes esfuerzos mientras se agachaba sobre sus piernas flacas, con su cuello elocuente mostrando todas las vértebras listas para el verdugo, para observar con sorpresa y del deleite miles de diminutas hormigas corriendo, zigzagueando, dispersándose, huyendo hacia sitios seguros en Gard y Aude y Dro-

me y Var y los Bajos Pirineos: nosotros dos sólo nos detuvimos en Pau.

España resultó ser muy difícil y decidimos avanzar hacia Niza. En un sitio llamado Faugéres (una parada de diez minutos) me escurrí del tren a buscar comida. Cuando volví un par de minutos después, el tren había partido y el viejo confundido que era responsable por este vacío atroz (polvo de carbón brillando entre raíles desnudos e indiferentes, y una larga, larga cáscara de naranja) me respondió brutalmente que, de cualquier manera, yo no tenía derecho a apearme del tren.

En un mundo mejor, yo hubiera localizado a mi esposa y le hubiera dado instrucciones sobre qué hacer (yo tenía los pasajes y el dinero). Pero tal como fue, mi lucha de pesadilla con el teléfono resultó fútil y abandoné a todas aquellas vocecitas que me ladraban desde la distancia: envié dos o tres telegramas que ahora deben haber empezado a circular y por la tarde tomé el próximo tren local a Montpellier, que era la última parada del tren en que había seguido ella. No encontrándola allí, tuve que escoger entre dos alternativas: seguir, porque ella podía haber tomado el tren de Marsella que yo acababa de perder, o volver porque ella podía haber regresado a Faugéres. Me olvido a través de qué laberinto de razonamientos fui a parar a Marsella y Niza.

Más allá de labores rutinarias como mandar falsos datos a lugares imposibles, la policía no hizo nada por ayudarme; un hombre me insultó llamándome latoso; otro evadió mi investigación dudando la autenticidad de mi certificado de matrimonio porque estaba sellado por el reverso; un tercero, un gordo comisario de líquidos ojos, confesó que a ratos perdidos escribía poemas. Busqué a varios conocidos entre los numerosos rusos domiciliados o abandonados en Niza. Oí a aquellos que tenían sangre hebrea hablar de sus compañeros condenados, hacinados en trenes camino del infierno, y mi propia odisea, por contrastre, adquirió un aire vulgar de irrealidad, mientras estaba sentado en atestados cafés, con un mar lechoso al frente y al fondo el murmullo vacío, como de conchas, de voces que me contaban y me volvían a contar cuentos de masacres y miseria y del gris paraíso más allá del océano y de los trucos y caprichos de los perversos cónsules.

Una semana después de mi llegada un indolente miembro de la policía secreta vino a buscarme y me llevó a lo largo de una calle tortuosa y maloliente hasta una casa renegrida con la palabra "hotel" casi borrada por la suciedad y el tiempo; allí, me dijo, habían encontrado a mi esposa. La muchacha que me mostró era una extraña, por supuesto; pero mi amigo Holmes siguió intentando por algún tiempo hacernos confesar que estábamos casados, mientras su muscular y taciturno compañero de cama nos oía acostado, con los brazos desnudos y cruzados sobre su pecho rayado de rojo.

Cuando al fin me deshice de aquella gente y fui vagando hasta mi barrio, pasé de casualidad junto a una compacta cola que esperaba a la entrada de una tienda de comestibles y allí, al final mismo, estaba mi esposa, estirándose en la punta de los pies para capturar una ojeada de lo que estaban vendiendo. Yo creo que lo primero que me dijo fue que ojalá fueran naranjas.

Su cuento me lució nebuloso, pero perfectamente banal. Ella había regresado a Faugéres y se había dirigido directamente a la comisaría sin preguntar en la estación de ferrocarril, donde le había dejado un recado. Un grupo de refugiados la convidó a unirse a ellos; pasó la noche en un taller de bicicletas sin bicicletas, en el suelo, junto con tres viejas que yacían, según ella, como tres troncos en fila. Al día siguiente se dió cuenta de que no le alcanzaba el dinero para llegar a Niza. Eventualmente una de las mujeres-tronco le prestó algo. Tomó el tren equivocado y viajó hasta un pueblo cuyo nombre no podía recordar. Había llegado a Niza hacía dos días y había encontrado algunos amigos en la Iglesia rusa. Le habían dicho que yo andaba por ahí, buscándola, y que pronto aparecería.

Algún tiempo después, mientras estaba sentado en el borde de la única silla de mi cuartucho y me agarraba a ella por su delgadas caderas jóvenes (ella estaba peinando su fino cabello y moviendo suavemente la cabeza cada vez que el peine descendía), su sonrisa opaca cambió de pronto en un estremecimiento extraño y puso una mano en mi hombro, mirándome fijamente como si fuera su reflejo en un lago, ahora descubierto por primera vez.

—Te he estado mintiendo, querido —dijo— Pasé varias noches en Montpellier con una bestia que me encontré en el tren. Yo no lo deseaba. Vendía lociones para el pelo.

La hora, el lugar, la tortura. Su abanico, sus guantes, su antifaz.

Pasé esa y muchas otras noches extrayéndoselo a pedacitos, pero sin obtenerlo realmente. Al principio tenía la alucinación de que primero tenía que descubrir cada detalle, reconstruir cada minuto y entonces al fin decidir si podía soportarlo. Pero el límite del conocimiento deseado era inalcanzable, ni tampoco podía predecir el punto aproximado en que me sentiría saciado, porque el denominador de cada fracción de conocimiento era potencialmente tan infinito como el número de intervalos entre las fracciones en sí.

Oh, la primera vez estaba demasiado cansada para protestar y la próxima no le había importado porque estaba segura que iba a abandonarla, y aparentemente consideraba que estas explicaciones debían ser como un premio de consuelo para mí, en lugar de la tonta agonía que realmente eran. Yo continué así por tiempo ilimitado, ella rompiendo en llanto a cada rato, pero volviendo a empezar, contestando en susurros mis preguntas impublicables y yo apretando y apretando mis molares locos hasta que mi quijada casi estallaba de dolor, un dolor llameante que era preferible a la opaca, zumbante pena del humilde soportar.

Y, fíjate, entre los períodos de esta inquisición, estábamos tratando de conseguir ciertos papeles que a su vez nos permitirían pedir otros que serían el medio de conseguir un permiso que habilitaba a su dueño para solicitar otros papeles más que podrían o no permitirnos descubrir cómo o por qué había ocurrido. Porque aunque me imaginara la maldita escena recurrente, no podía conectar sus sombras angulosas y grotescas con los miembros de mi esposa que temblaba y crujía y se disolvía bajo mi violenta presión.

Así que no nos quedaba nada sino torturarnos, esperando horas y horas en la prefectura, llenando papeles, conversando con amigos que ya habían penetrado hasta las vísceras más profundas de todas las visas, suplicando ante secretarios y llenando nuevos papeles, con el resultado de que su versátil y libidinoso viajante se mezcló en una mostruosa superimposición con los oficiales groseros de patillas de rata, con mazos putrefactos de formularios obsoletos, con el olor de la tinta roja, sobornos pasados bajo gangrenosos secantes, nuevas fotografías cóncavas de nuestros seis dobles subhumanos, los trágicos ojos y pacientes cortesía de peticionarios nacidos en Slutzk, Starodub o Bobruisk, los clavos y potros de la Sagrada Inquisición, la horrible sonrisa del calvo de los espejuelos a quien le habían dicho que su pasaporte no aparecía.

Confieso que una tarde, después de un día particularmente abominable, me hundí en un banco de piedra sollozando y maldiciendo a un mundo de farsa en que miles de vidas saltaban en juegos malabares desde las manos húmedas de cónsules y comisarios. Noté que ella también lloraba y entonces le dije que nada importaría de la manera que ahora importaba, si ella no se hubiera ido a hacer lo que hizo.

—Creerás que estoy loca —me dijo con una vehemencia que, por un segundo, la convirtió en una persona verdadera.— Pero no lo hice. Te juro que no lo hice. Quizás vivo varias vidas a la vez. Quizás quería probarte. Quizás es-



te banco es un sueño y estamos en Saratov o en alguna estrella.

Sería tedioso detenerse en las diferentes fases a través de las cuales volví a admitir su primera versión del retardo. No le hablaba y permanecía mucho tiempo solo. Ella surgía y desaparecía y reaparecía con alguna nadería que pensaba que me iba a gustar: un manojo de cerezas, tres preciosos cigarrillos o algo así. Me trataba con la dulzura muda de una enfermera que viene y va ante un convaleciente gruñón. Había dejado de visitar a nuestros amigos mutuos, porque había perdido todo interés en mi pasaporte y me había vuelto hostil. Compuse algunos poemas. Tomé todo el vino que pude. La apreté un día contra mi pecho y nos fuimos una semana a Caboule, a yacer sobre los rosados guijarros de la estrecha playa. Extraño es decirlo, mientras más felices lucían nuestras nuevas relaciones, con más fuerza sentía una secreta corriente de tristeza interior, pero trataba de convencerme de que esto era un requisito intrínseco del verdadero extasis.

Mientras tanto, algo se había movido en el diseño inquieto de nuestros destinos y al fin emergí de una calurosa y oscura oficina con un par de gordas visas de salida apretadas en mi mano temblorosa. En ellas se había inyectado el suero U.S.A. y corrí a Marsella para conseguir pasaje en el próximo barco. Retorné y volé las escaleras. Vi una rosa en un vaso en la mesa: vi el rosado azúcar de su belleza obvia, la burbujitas parásitas adhiriéndose al tallo. Sus dos vestidos habían desaparecido, su peine había desaparecido, su abrigo a cuadros había desaparecido y también la cinta malva de su sombrero. No había uno nota en la almohada, nada en el cuarto que me guiara, porque por supuesto la rosa era meramente lo que los poetas franceses llaman *une cheville*.

Me fui a casa de los Veretennikovs, que no sabían nada; a los Hellman, que no quisieron decir nada; y a los Elagins que no sabían si debían decirme. Finalmente la vieja —y tú sabes como es Anna Vladimirovna en sus momentos cruciales— pidió su bastón se desprendió penosamente de su butaca y me llevó al jardín. Allí me informó que, como me doblaba la edad, podía decirme que era un abusador y un canalla.

Imagínate la escena: el pequeño jardín de grava con su jarrón azul de las Mil y una Noches y su ciprés solitario; la terraza cuarteada en la que el padre de la vieja había dormitado con una colcha sobre las rodillas cuando se retiró de su Gobierno de Novgorod para bien morir en Niza; el cielo verde pálido, un aroma de vainilla en el crepúsculo profundo, los grillos emitiendo su metálico trino dos octavas por encima del Do, y Anna Vladimirovna, con los pliegues de sus mejillas agitándose mientras me lanzaba su maternal e inmerecido insulto.

Durante las semanas precedentes, mi querido V., cada vez que ella visitaba sola a las tres o cuatro familias que conocíamos, mi esposa fantasmal había llenado sus orejas colectivas con una historia extraordinaria: Era así: ella se había enamorado locamente de un joven francés que podía darle un castillo y un título, me había implorado el divorcio y yo se lo había negado, inclusive le había dicho que prefería matarla y matarme en vez de irme solo a New York. Ella me había dicho que en un caso similar su padre había actuado como un caballero y yo le había contestado que a mí no me importaba nada el cornudo de su padre.

Había miles de otros absurdos detalles por el estilo, pero todos se unían de una manera tan notable que no me extraña que la vieja me hiciera jurar que no perseguiría a los amantes con una pistola asesina. Se habían ido, me informó, a un castillo de Losére. Le pregunté si había visto alguna vez al hombre. No, me dijo, pero ella le había enseñado su retrato. Al marcharme, Anna Vladimirovna, que se había calmado y hasta me había dado sus cinco dedos a besar, súbitamente volvió a enfurecerse, golpeó la grava con su bastón y dijo en voz profunda y fuerte:

—Pero lo que nunca te perdonaré es el perro, ese pobre animalito que ahorcaste con tus propias manos antes de salir de París.

Si el caballero noble se había trasmutado en el viajante, o si la metamosfosis había ocurrido al revés, o si no era uno ni otro sino el indescriptible ruso que la había cortejado antes de casarnos... todo esto era superfluo. Se había ido. Esto era el fin. Hubiera sido tonto si hubiera intentado comenzar la pesadilla de las búsquedas y las esperas otra vez.

En la cuarta mañana de un largo y desolado viaje por mar, me encontré en cubierta con un médico solemne pero placentero con quien jugaba ajedrez en París. Me preguntó si mi esposa estaba mareada por los inclementes mares. Le contesté que viajaba solo, lo cual le sorprendió grandemente porque la había visto dos días antes de zarpar, en Marsella, caminando algo desorientada por el muelle. Le dijo que yo estaba al llegar, con el equipaje y los pasajes.

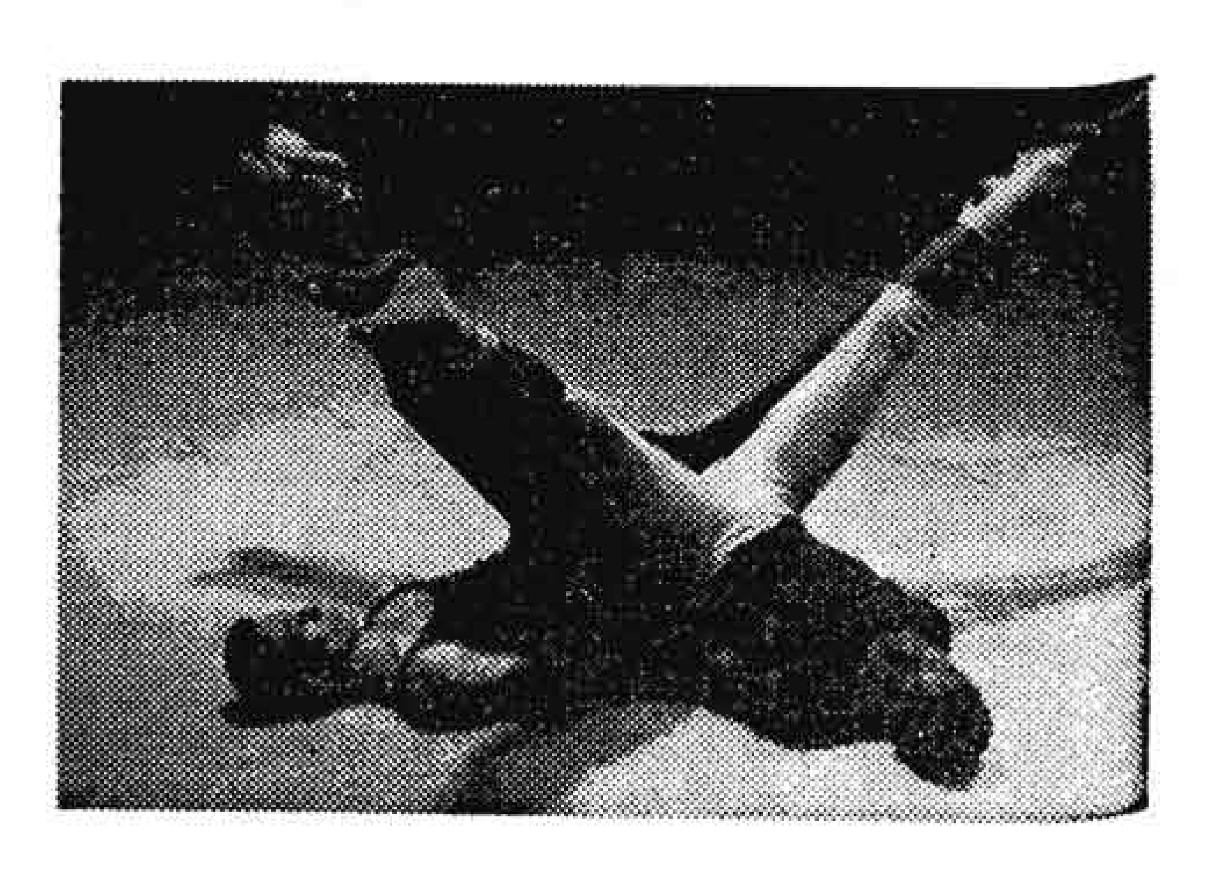
Esto es, me imagino, el climax del cuento. Aunque si lo escribes, te aconsejo que no digas que era un médico, porque ese detalle está ya muy gastado. Fue ese el momento en que súbitamente me di cuenta exacta de que ella jamás había existido. Te diré otra cosa. Cuando llegué aquí fui corriendo a satisfacer una cierta curiosidad morbosa: fui a la dirección que me había dado una vez, pero resultó ser un solar yermo entre dos edificios de oficinas; busqué el nombre de su tío en el directorio telefónico pero no estaba allí. Hice preguntas y Gekko, que conoce a todo el mundo, me informó que el hombre y su esposa caballuna habían existido, pero que se habían mudado a San Francisco después que había muerto su hijita sorda.

Mirando al pasado gráficamente, veo nuestro romance como sumergido en un hondo valle entre los picachos de dos montañas de realidad. La vida había sido real hasta entonces y será real de ahora en adelante. Pero no mañana. Quizás pasado mañana. Tú, feliz mortal, con tu hermosa familia (¿Cómo está Inés, ¿Cómo están los gemelos,) y tu trabajo diversificado (¿Cómo andan tus líquenes?) no puedes siquiera detenerte a examinar mi desgracia en términos de humana comunión, pero puedes aclararme las cosas a través del prisma de tu arte.

Sin embargo ¡qué dolor! Maldito sea tu arte, me siento horriblemente desgraciado. Sigue moviéndose ella sin cesar, cuando las redes se ponen a secar en las piedras calientes y la luz moteada del agua juega en el borde de un bote pesquero abandonado. En algún lugar, en alguna parte, he cometido un error fatal. Hay pedacitos relucientes de partidas escamas de pescado, brillando aquí y allá, entre las redes carmelita. Todo va a terminar en *Aleppo* si no me cuido. Pero ten piedad de mi, V., cargarías tus dados con una implicación insufrible si usaras eso como título...

DANZA EN SANTIAGO

por ramiro guerra



Si señor. Danza Moderna en Santiago de Cuba. Un grupo entusiasta de bailarines encabezados por un joven negro santiaguero nos da la sorprendente noticia de que allá bajo la sombra de la Sierra Maestra, también late la inquietud creativa artística en un tan difícil empeño como ese.

Un día nos llega una carta de alguien desconocido y con ella unos programas. Con sorpresa leemos las apretadas letras de una decidida vocación, y al abrir los programas encontramos una rigurosa seriedad en la selección de temas y música. Días más tarde, conocemos a Manuel Angel Márquez. Alto, enteco, negro y culto. No maduro técnicamente (él lo sabe) pero con estudios en México, que le permiten desarrollar sus facultades creativas. Veo una de sus danzas el "Canto Negro". Patética, llena de una tristeza ancestral de raza oprimida en sus largas manos huesudas y en la constante cercanía de la figura al suelo. Y me golpea en el pecho la convicción de lo que será nuestra danza nacional cuando el negro esté en pie de lucha para conquistar su lugar en ese sitio del arte nuestro.

Luego veo fotos de cosas hechos. Todas ellas llenas de imaginación coreográfica y sugerencias creativas.

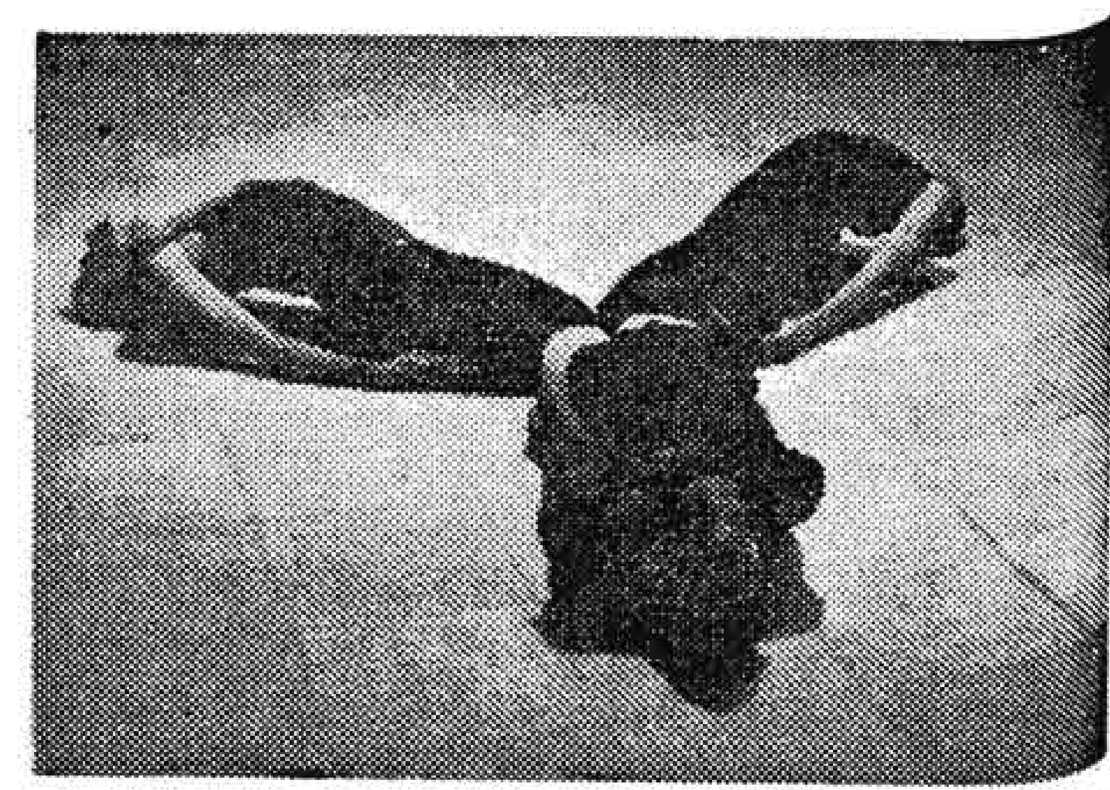
Manuel Angel Márquez, espíritu de ese movimiento santiaguero, ha ofrecido en la Galería de Artes Plásticas de esa Ciudad, primero un recital de Danzas Etnicas Latino-americanas con un interesante programa que comprendía una primera parte de danzas haitianas tales como: "Ibo" (Dios de la Montaña); "Mahi"; "Petro-Kita" y "Yonvalú" (Legba-Vodu). Después una segunda parte con Danzas de Latinoamerica: "Samba de Favela" (Brasil Popular Tradicional); "Maracatu" (Brasil Afro); "Malambo" (Argentina); "Sauma" (Danza estática Pre-Colombina Inca); "Suma sorateña" (Danza Boliviana antigua, Perú), y "Will his love be like his rum" (Calipso de la Isla de Trinidad). Y finalizaba con un grupo de danzas rituales afro-cubanas, que fueron: "Elegua" (El niño de Atocha); "Obatalá" (Las Mercedes); "Changó" (Sta. Bárbara); "Oyá" (La Candelaria), y por último, dos interpretaciones creativas: "Canto Negro", música de Pedro Menéndez, y el "Sensemayá" de Guillén.

Luego en el Cine Experimental de Arte, ya nos presenta el "Grupo de Danzas Contemporáneas" con los "Coloquios", música de Shostakovich, con la idea del "optimismo erótico de la juventud expresado a través del movimiento"; otra vez el "Sensemayá" de Guillén, y por último "Visiones" con música de Bela Bartock. Programa que nos ofrece un sólido panorama de buen gusto y seriedad artística en el material escogido, tanto literario como musical. Este interesante grupo fue integrado por Miguel A. Rodríguez, Miguel Fernández, George Keys y Carmen A. García Ruiz, además de su director Manuel Angel Márquez.

Por último, en el Cuartel Moncada vuelve la agrupación bajo el nombre de "Grupo Experimental de Arte" para ofrecer otro recital que incluyó la "Sinfonía Clásica" de Prokofiev en la primera parte del programa, y una serie de danzas latino-americanas para la segunda tales como "Batucada" (Brasil), "Contradanza" (Cuba) "The Man with the Golden arm" (Jazz de Estados Unidos); "Los tres Golpes", de Cervantes: "Malambo" (Argentina); "Man Piaba y The Fox" (Calipsos de Jamaica), y por último "Oyá" (Danza Afro-cubana).

Esta vez el grupo constaba de los siguientes integrantes: Carmen A. García, María del Carmen M. Márquez, Celina Ferreiro, Cecilio Speck, Haroldo A. Alvarez y su director Márquez.

Saludamos este brote cultural santiaguero de tanta trascendencia para la historia de nuestra danza nacional y le invitamos a proseguir tan interesante tarea. Exitos.



PUNTO DE MIRA

UNA ANTOLOGIA DE LA POESIA SURREALISTA

por benjamin peret

Acabamos de encontrar en la librería "La Tertulia" un libro de Benjamín Peret, el surrealista amigo recientemente desaparecido en su París. Sobre su muerte tan dura para la poesía moderna hablaremos próximamente, otorgándole el homenaje que merece. Ahora en medio de la gran anulación poética que deja detrás de sí, de ese vacío para la poesía, comentaremos su último libro entregado a las prensas y publicado en Milán, por *Sachwarz, edittore*, con el título de *"La poesía Surrealista Francese"*.

Se trata de un hermoso volumen con una cubierta luminosa. Encabezado por un cadáver exquisito de Breton, Eluard, Hugo, y un prospecto ilustrado para anunciar un ciclo de conferencias surrealistas. El libro cuenta con ilustraciones de Arp, Brauner, Dalí, Duchamp, Lam, Piccasso, Miro, Tanguy etc. Y recoge poemas de Aragón Arp, Artaud, Blanchard, Breton,Gabanel, Césaire, Char, Dalí, Desnos,. Duprey Eluard, Flamand, Gracq, Lebel, Legrand, Magloire Sant Aude, Malrieu, Mandiargues, Mansour, Mayoux, Mesens, Moro, Peret, Prassinos, Rosey, Sauvage, Schehadé. Es decir de casi todo lo que representa la poesía francesa moderna, si no contamos con los poetas unidos a un momento anterior de la literatura, cuya aparición se produjo antes de la guerra del catorce, tales como el enorme Saint Jhon Perse, Gide, Valery, el profundísimo Milocz, Appollinaire, y algunos que quizás olvidemos.

El movimiento surrealista es el salto más profundo de la poesía moderna francesa, recogiendo lo mejor del expresionismo alemán a través de Ernest y Arp, que señalaron con Breton el camino hacia el romanticismo, pernoetando en la gran noche de los *pequeños románticos* franceses, y la novela gótica inglesa, esta poesía de gran fuerza de penetración, —poesía en el campo más absoluto—, ha traído al ámbito moderno, además de una conciencia moral inalterable, el aluvión enriquecedor del conocimiento por la imagen poética, del afianzamiento dentro del gran naufragio de la creación de un nuevo mito que florece en la desesperación del lenguaje.

El surrealismo quizás sea un movimiento que desapacerá en un momento dado, como toda fuerza revolucionaria, pero las conquistas del surrealismo serán permanentes. Por otra parte el surrealismo fué y es muy diverso, hay gran diferencia entre los poemas de Peret y los de Artaud; entre los de Artaud y los de Shehadé. Ha habido grandes cambios y saltos dialécticos que explicaremos algún día. Por ahora nos limitamos a señalar la aparición de este libro muy completo de Benjamín Peret, el poeta cuya desaparición es desoladora.

J.A.B.

EL NUEVO PALACIO DE BELLAS ARTES

por frank rivera

Hasta hace algunas semanas, una pregunta se movía casi clandestinamente en los círculos intelectuales jóvenes: "¿Qué pasa con el Palacio de Bellas Artes?" El edificio que, durante la época de la dictadura, sirviera de bulliciosa cortina intelectual tras cuya aparente brillantez intentaba ocultarse al mundo artístico y literario todo lo ignominioso del régimen que estábamos padeciendo, aparecía ahora silencioso, indifernte casi al potente movimiento cultural que comenzaba a producirse en la ciudad y en el resto de la República. Es cierto que el anfiteatro del Palacio se convertía pronto en sede de varias obras de teatro y conferencias sobre distintos temas, pero los demás salones seguían apagados, mudos, inexistentes. Era lógico que entre los escritores, pintores y escultores ansiosos de un rápido desarrollo en las actividades artísticas de nuestra capital, cristalizara poco a poco cierta dosis de inquietud.

¿Qué pasaba con el Palacio de Bellas Artes? Cualquiera que lo visite actualmente puede darse perfecta cuenta de lo que sucedía en esos meses. La obra que se efectuaba, por su índole en extremo delicada, requería todo el tiempo y el cuidado disponibles por los miembros de la Dirección de Cultura a quienes se había confiado. No podía ser ejecutada, sin duda, al muy propiamente llamado "ritmo revolucionario" que prevalece en las demás tareas ejecutadas por el actual gobierno. Pero lo importante es que la obra ya esta ahí, palpable, al alcance de todos nuestros compatriotas.

Porque, en efecto, la renovación llevada a cabo en el edificio de Animas y Monserrate, no ha podido ser más completa: se ha eliminado la profusión de reminiscencias históricas sin verdadero valor cultural, cuya mayor función apenas podía ser clasificada dentro del nivel de las curiosidades cubanas, y han desaparecido salones enteros antiguamente dedicados a pinturas del peor gusto, para dar paso a los resultados de una política basada en la seria revisión de los valores tradicionales, que ha culminado en la presentación al público de las nuevas salas del primer piso, donde también se encuentra el Salón Nacional de Pintura, Escultura y Grabado del que no nos ocuparemos en el presente artículo.

La sala egipcia, por ejemplo, resulta de un poderoso impacto con sus bajo relieves y pequeñas estatuas, el salón de ánforas une a la belleza intrínseca de éstas su colocación en anaqueles del más contrastante estilo moderno, la sala griega y romana es particularmente atrayente por sus magníficas esculturas de plácidas líneas mediterráneas, la exposición de cuadros reserva para el visitante sorpresas tales como los Gainsborough, Grecos y Velázquez legítimos... en fin, no vamos a hacer aquí un recuento exhaustivo de todo cuanto puede encontrarse en el nuevo Palacio de Bellas Artes. Baste decir que las salas del primer piso son suficientes para que cualquier ciudadano pueda hacerse una idea de lo que representan para nuestra civilización actual los pueblos que nos precedieron en su tránsito por el mundo y nos legaron sus descubrimientos y sus obras de arte, y que, recorriendo de izquierda a derecha los distintos salones dispuetos en orden cronológico, puede el visitante estar seguro de haber completado un breve paseo por la historia universal —absurda quimera hasta hace poco tiempo para el cubano carente de recursos suficientes que le permitiesen viajar al extranjero.

Este hecho demuestra que hemos adelantado un gran paso en la consecución de uno de los más caros ideales revolucionarios: un pueblo culto— o lo que es lo mismo, pueblo libre, como todos sabemos. Aunque, claro, no es lo definitivo. Aún falta por crear, en quienes pueden hacerlo, ese espíritu de franca colaboración en la obra de hacer accesible la cultura al pueblo, a la vez que es preciso levantar en ese pueblo el deseo de adquirir legítima cultura. Aún faltan por establecer verdaderas editoriales cubanas con toda la seriedad que esa empresa requiere. Todavía subsisten los precios prohibitivos en los que pudiéramos llamar "libros de primera necesidad". Aún permanecen, en fin, para el escritor cubano, esas cualidades de inestabilidad casi física de que hablábamos hace algún tiempo en otras páginas, aunque en menor escala.

Sin embargo, no hay duda de que los esfuerzos del Estado se encaminan también en ese sentido. De todos modos, no debe preocuparnos por el momento otra cosa sin que esas realizaciones culturales lleguen verdaderamente al público, que ahora más que nunca debe comenzar a frecuentar nuestro Palacio de Bellas Artes. Es preciso divulgar sin reparos el interesantísimo contenido de las distintas salas de modo que no quede sin visitarlas ni un solo hombre del pueblo. Porque en definitiva es ese pueblo el que, con su presencia frente a los Murillo y los Rembrandt, llega a completar, en el acto estético, la verdadera función a la que van dirigidos los esfuerzos de la Dirección de Cultura.

Frank Rivera

IDEA DE LA REVOLUCION

por anton arrufat

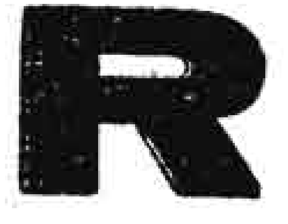
Un escritor francés definió la revolución como un cambio total y profundo de valores. La Revolución cubana cumple con ese postulado único: la creación de nuevos valores. La Revolución nos descubre un sentido diferente de las cosas y de la vida. Son distintos los fundamentos de nuestra conducta. Y tanto es así que a partir de hoy nuestra vida y la historia cubana podrían juzgarse desde otro punto de vista. Si ahora alguien acometiera (creo que ya se está haciendo) la complicada labor de escribir una auténtica historia de Cuba tendría que tomar en cuenta la sociedad y los nuevos valores que la Revolución está creando. Figuras y acontecimientos que para un historiador conservador no tendrían importancia, o se pasarían en silencio, retomarían ahora toda su importancia y significación. Y por, el contrario: acontecimientos y personas que no la tienen... serían colocados en su justo lugar. Esto también podría hacerse con la literatura. Hoy, un historiador de la literatura cubana no intentaría exclusivamente destacar el valor artístico de las obras, historiar los estilos y las diferentes escuelas que se han sucedido entre nosotros, sino que insistiría en la vida de los escritores, en su conducta, en su posición social, en la actitud que tomaron frente a los problemas políticos y sociales de su época, y cómo estos se reflejaran en sus obras. Como esta volaración ya es posible, como de acuerdo con nuestro presente podemos juzgar el pasado, este hecho demuestra que la Revolución ha creado una concepción diferente de la vida cubana ante la cual pueden enjuiciarse los acontecimientos y el valor permanente de las obras de nuestros escritores. Indudablemente, la Revolución nos ha enriquecido. No tan sólo con los nuevos temas, con una diferente simbología, con la figura de los revolucionarios —con todo eso que los jóvenes escritores debemos expresar— sino también con una visión para juzgar y revaluar nuestro pasado. Como al fin la Revolución nos ha dotado de un destino significativo, de un rostro reconocible —que ya ha sido captado en Hispanoamérica y contra el cual se levantan airados los intereses extranjeros— podemos conocer hasta dónde nuestro pasado contribuyó a crearlo, o presentirlo. La Revolución francesa (o la Revolución rusa) no sólo guillotinó a los reyes y confiscó los bienes de la nobleza, sino que destruyó la idiología que los justificaba. La Revolución cubana no sólo ha repartido las tierras, sino que también ha creado un nuevo o diferente concepto de valor, y liquidado para siempre los privilegios y la opresión de las clases adineradas, y en consecuencia, sus fundamentos y justificaciones ideológicas. La generación de "Orígenes" con su quietismo, su posición aristocrática, su catolicismo estético, fué su más alta y final manifestación. Con ellos se cierra todo un ciclo de la historia y de la vida cubana. Ya no es posible, literariamente posible, una concepción de la poesía, por ejemplo, como una iluminación del ser mediante el éxtasis del Elegido. La suntuosa imagen de Lezama, su "elegancia" verbal, su noción de las esencias inmutables, su sentido a-histórico, la explotación de temas que no comprometen ningún valor, se corresponden con los grandes latifundios, las be-

llas fincas y los poderosos señores. Su obra, como la clase social que refleja, está liquidada. La resonancia de su genio poético se redujo al mínimo. Se sustenta tan sólo sobre la belleza muerta de sus imágenes porque el mundo que cantaba, como el de Calderón, ha desaparecido. Es curioso observar como a la literatura le sustraen de pronto la época que reflejaba dejándola herida de muerte.

Hasta hoy la sociedad cubana estuvo fundamentada en la desigualdad y en la riqueza. Como constituímos un país agrícola esa sociedad se basaba en la posesión de la tierra. Si la medida más revolucionaria del siglo XIX fué la liberación de los esclavos para una sociedad constituída sobre la esclavitud, para la nuestra es la reforma agraria. La Revolución tenía que repartir las tierras a los guajiros para cumplir como revolución, es decir, como creadora de un nuevo valor. Este valor, en dos palabras, consiste en el trabajo. Simplemente, la tierra pertenece a quien la trabaja. Cuando se proclamó en Yara la libertad de los esclavos, cuando Céspedes dió la libertad a los suyos, se creó una concepción diferente de la vida: la igualdad de todos los cubanos. Esto produjo profundas consecuencias económicas, políticas, culturales. Lo mismo está pasando ahora con la entrega de las tierras a quienes las hacen producir con sus manos. El guajiro se incorpora a la sociedad cubana de igual a igual. Antes fué un tema para la literatura, un "valor sustancial" porque se había mantenido prudentemente en su lugar, una "noble figura" en contacto con la naturaleza que añoraban nuestros escritores burgueses del siglo pasado. Esta fué la razón de la profusa literatura "guajira" de la pelea de gallos, las fiestas, la corrida de patos y los novios enamorados. Una literatura blanda, sin protesta. Nuestra literatura guajira del XIX fué escrita por los explotadores y no por los explotados. Está muy lejos del "Martín Fierro". Ahora, en posesión de sus tierras, con una mayor posibilidad de vida, el guajiro se incorpora como un elemento auténtico a nuestra sociedad. No sería un romanticismo de nuestra parte afirmar que es posible que tengamos una literatura guajira creada por ellos mismos, como existe una literatura negra.

Hoy reconocemos que las acciones revolucionarias se fundamentan en un pensamiento, que si no se manifiesta en un cuerpo de doctrina ordenado y coherente a la manera europea, lo hace a nuestro modo un poco absurdo, pero no por eso ni menos eficaz ni menos justo. Los cubanos estamos aprendiendo a debatirnos mediante las ideas, mediante concepciones idiológicas. Hay un hecho cierto: la fuerza ideológica de la Revolución, su creación de valores diferentes dentro de nuestra historia, se patentiza en la furia impotente de sus enemigos. No se lucha contra lo que no tiene el poder de aplastarnos o desplazarnos. Las clases adineradas que durante años nos han explotado y humillado impidiéndonos crearnos un destino como pueblo, se sienten amenazadas por una vida diferente, desplazadas como clase dominante, condenadas irremisiblemente su concepción de la vida y sus valores.

Por eso, una Revolución no es tan fácil. No debemos caer en la ingenuidad de pensar que nuestros enemigos se cruzarán de brazos. Los latifundistas quieren continuar explotando y vivir de la explotación. No hay nada que necesiten tanto como esclavizar al hombre. La Revolución no puede consentir —a riesgo de dejar de ser revolución— en nada con el antiguo régimen ni claudicar en sus leyes y medidas. Tiene que seguir adelante y hasta las últimas consecuencias. Así es como único logrará lo que se propone. Lo que se está haciendo es lo que debe hacerse no sólo para salvarnos del hambre, sino para que al fin seamos un pueblo maduro y con un destino muy diferente al que hasta ahora hemos tenido, un destino de opresión y esclavitud. Un pueblo que vivió pendiente de lo que decidían veinte familias poderosas, tiene ahora ante sí la posibilidad de vivir plenamente, de aspirar y alcanzar una mayor felicidad. Ya no es posible ***la inocencia, ni la torre de marfil. Escribir no es un acto impune. Los escritores somos los más responsables porque se dice que somos los más conscientes. Si grande es nuestra responsabilidad, mayor es nuestro compromiso con la Revolución.***



UN RECADO A NUESTRO AMIGO GRAHAM GREENE

Desde Cuba le indicamos a Graham Greene —con todo respeto— que ponga pleito a la UPI por haber utilizado uno de los recursos más graciosos de "Nuestro Agente en La Habana". En la novela, Greene hacía que el falso agente secreto inglés enviara un reporte al Foreign Office, detallando una mítica instalación en la Sierra Maestra. El hombrecito se aprovechaba de la red de silencio que tejía Batista sobre la zona y hasta añadía unos extraños dibujos a su informe. Los dibujos no eran otra cosa que partes de una aspiradora eléctrica convenientemente magnificadas. Ahora la UPI —con toda falta de respeto— utiliza el recurso de Greene, y sin el menor pudor instala una estación de cohetes en Camagüey. Vamos, señores, moléstense un poco. Al menos acudan a Julio Verne o a Edgar Allan Poe para sus lucubraciones que "Nuestro Agente en La Habana" es un libro muy reciente.

En cuanto a nuestro amigo Graham Greene —que ha defendido a la Revolución siempre que ha podido— le aconsejamos que imponga el pleito no por plagio, sino por ausencia de imaginación.

ESCRITO Y CANTADO DE CINTIO VITIER

"Un instantillo mas de sordo juego"

Cintio Vitier, —el más prolongado intento de "platitude" poética que ha conocido Cuba—, autor de **Vísperas** y **La Voz de Gabriela Mistral**, pertenece a ese grupo de escritores que no se deciden, ante el fracaso de su poesía, a dejar de escribir. Su "sordo juego", anudado en más de diez "plaquettes" sórdidas, parece que no intenta acabar. No comprende este señor, como muchos otros, que la poesía es peligro, drama, excitación, terror, voluntad creadora; una retórica del peor gusto y de la más pobre sustancia le arrastra a formular todos los años uno de esos abominables volúmenes sin sentido, —toda poesía tiene un sentido que es el de la vida—, que no interesan ni por su forma, ni por su contenido, ni por su provocativa mansedumbre y monotonía, repetición de una pobreza ancestral del concepto poético, de un verbalismo con fronteras muy espesas.

Todo lo que puede dar la poesía de este señor se reduce a este soneto:

Volcada en su silla la montura
me acompaña a leer. (Filosofía;
Ortega al toro de la teoría
le da un quite fugaz) la piel madura

Tan deteriorado se encuentra el sentido de esa poesía, que no inspira ni a la crítica negativa. ¿Qué se puede decir sobre esa mulidad que continúa?

Lejos, lejos nací,
lejos de mi alma:
separada la vida
de la mirada.
....
Varón cenceño, silencioso y grave.
camina la ciudad que bambolea
bajo su paso como suelta nave
y fabulosamente lo marea.

El drama del hombre contemporáneo no aparece en esa delictuosa enumeración de palabras, desprovista del menor intento poético; **miseria de la poesía**, miseria de la vitalidad, miseria de la situación de un hombre en el mundo. Cuando la poesía no es urgencia, terror, sisma, más vale no escribir, y esto parece no comprenderlo Vitier, empecinado en correr detrás de la poesía para no encontrarla nunca

Si no se tiene nada que decir, si no se obedece a una llamada terrible o a una diáfana iluminación, si no se tiene conciencia de no estar en el mundo, y se quiere hacer del mundo la realidad, ¿para qué escribir? Basta de repeticiones de la mediocridad. Señor Vitier; mala literatura, ¿por qué?

Su poesía carece de belleza, de vitalidad, **de escándalo.**

J. A. B.

EL CINCUENTENARIO DE LA MUERTE DE FRANCISCO FERRER GUARDIA

por josé a. baragaño

En la Barcelona de que habló Orwell, en la tierra fabril a donde van los obreros de Andalucía, Murcia, Asturias a encontrar trabajo, con las huelgas recientes que han conmovido la conciencia española, y su rebeldía permanente, habrá pasado un año más sin que nadie pueda recordar, con el justo homenaje, la muerte de Francisco Ferrer Guardia. Los estudiantes, los poetas, los rebeldes españoles cuando llegan a Barcelona buscan la tumba d elfamoso anarquista ejecutado en 1909, después de la semana trágica en que el pueblo de Barcelona insurrecto trató de dar un nuevo sentido a la historia española.

Aun nosotros, unidos a su recuerdo por el asalto de la infancia, cuando en las librerías de viejo de La Habana encontrábamos sus biografías, y escuchábamos una dramatización de su muerte en un viejo disco, fuímos despertados a su recordación por un artículo de Elena de la Souchere, aparecido en FRANCE OBSERVATEUR.

Antes del juicio famoso durante el cual se condenó a Ferrer, se habían producido en Cataluña los famosos procesos de Montjuich, en los que la tortura y la violencia no fueron olvidadas. Era la época en que las bombas desolaban Barcelona y Picasso pintaba sus primeros cuadros. Años después la muerte de Ferrer Guardia culminaba el ascenso de un proceso de violencia del que la España actual es heredera.

Con la muerte de Ferrer Guardia, cuyo único delito consistió en fundar una institución de enseñanza y ser un conocido anarquista, se desencadenó el movimiento de exterminación popular engendrado por las derechas españolas, que tiene su coronamiento con la guerra civil española.

El 27 de julio de 1909 comenzaron a construirse barricadas en Barcelona; la guardia civil fue recibida con tiros y adoquines. Los conventos, las iglesias y las armerías fueron asaltadas. Se peleó de casa en casa, sin el principio de organización que existió durante la Comuna de París, del que hizo una crítica tan amarga Karl Marx. Pero la represión no dejó de ser feroz en la capital catalana: cientos de obreros fueron fusilados.

Para todo eso era necesario encontrar un culpable fuera de la monarquía española. Ese culpable fue Francisco Ferrer Guardia, condenado durante un proceso en el que no se presentó ninguna prueba contra él. Ferrer no se encontraba en Barcelona el día de la revuelta.

Han pasado cincuenta años. En Madrid, en París, en Barcelona, españoles de todas las ideologías hablan de Ferrer Guardia como de un símbolo. El artículo de Elena de Souchere ha servido para recordarme a Ferrer Guardia y el amargo pueblo español, a quienes dedico un rápido homenaje, cincuenta años después sobre la esperanza de Barcelona, la roja.

CARTA DE LUNES

Noviembre (12, 4, 5, 6, 7 otoño-invierno-verano.....)

Guillermo:

Dos respuestas.

(a) Primeramente, mi reconocimiento al gran dramaturgo David Infante por su dignísima manera de expresarse, muy brillante (sin duda así han de ser sus dramas), de una fuerza extraordinaria, pero muy, muy reversible...sí, se debe ser cuidadoso, a veces los que adjetivan, resultan adjetivados.... También agregaré un sano consejo: "Señor David Infante, NO ACUDA DONDE NO LE LLAMEN." La cuestión planteada era básicamente entre Caín e Isel, y ya había quedado contestada. Esto me sugiere aquello de "Cuán gritan esos malditos"

Claramente, se ve que nuestro dramaturgo no percibió la similitud de lo "demoníaco y criminal" con el seudónimo CAIN, lo que dio motivo para que se levantara una 'curiosa' ira en mi contra, resultando yo tachada de 'histérica'.

(b) Quiero que le preguntes a Lázaro Acosta si él me conoció en la fase primitiva, cuando era a su vez hombre de MAUER o PALEOCANTHROPUS, porque sino, es imposible que me pueda calificar de "agresiva", Es realmente inconcebible... (Esto me sugiere la idea de vestirme de fantasma y gritar BOOOOO a estos señores. Les prometo una venganza de este tipo.) En cuanto a lo "snob" es una palabra 'chic', 'a la mode', justa a lamente de quien la usa.

Agradezco, pues, la fina atención de estos dos caballeros al ocupar su tiempo y su espacio imaginativo en mi persona, ratificándoles además, que sus opiniones cuentan con mi mejor aprecio.

Y a tí, Guillermo, un saludo.

(ISEL. —1300'